

HENRY JAMES

EL SITIO DE LONDRES

(The Siege of London, 1883)

Primera Parte

I

La solemne cortina de terciopelo que constituía el telón de la Comédie Française había caído tras el primer acto de la obra y nuestros dos americanos habían aprovechado el intervalo para salir del enorme y caldeado teatro en compañía del resto de los ocupantes de las butacas. No obstante, fueron de los primeros en volver y dejaron correr el tiempo que les quedaba del entreacto observando la sala que había sido recientemente depurada de sus añejas telarañas y decorada con frescos ilustrativos del drama clásico. Durante el mes de septiembre, en el Théâtre de la Comédie Française, la afluencia de público es relativamente escasa y, en esta ocasión, el drama, *L'Aventurière* de Émile Augier, no tenía precisamente pretensión de novedad. Muchos de los palcos estaban vacíos, otros ocupados por personas de aspecto provinciano o trashumante. Dichos palcos estaban situados algo lejos de la escena, más bien a la altura de donde se hallaban nuestros espectadores, pero, incluso a cierta distancia, Rupert Waterville podía apreciar ciertos detalles. Se complacía en degustar los detalles y, siempre que iba al teatro, hacía uso de unos delicados pero potentes anteojos. Sabía que era un acto impropio de un hombre verdaderamente distinguido y que era una falta de consideración apuntar hacia una dama un instrumento que era tan sólo algo menos injurioso en sus efectos que una pistola de dos cañones; pero siempre le vencía la curiosidad. Además, estaba seguro de que, en aquel momento y en la representación de aquella antigualla, así le placía calificar la obra maestra de un académico, no podía ser visto por nadie que le conociera. Así pues, de pie, de espaldas al escenario, su mirada recorrió los palcos, mientras varias personas, no lejos de él, realizaban la misma operación, con aún mayor desparpajo.

-Ni una sola mujer bonita -comentó finalmente a su amigo. Observación que Littlemore, sentado en su butaca y con los ojos fijos en el telón aparentemente nuevo, recibió en perfecto silencio. Él rara vez se permitía esa clase de excursiones ópticas; llevaba ya mucho tiempo en París y todo aquello había dejado de interesarle o, por lo menos, de importarle mucho; estaba convencido de que la capital francesa ya no podía reservarle muchas sorpresas, aunque le había ofrecido unas cuantas en tiempos anteriores. Waterville se encontraba aún en esa etapa de las sorpresas. De repente, expresó una de ellas.

-¡Por Júpiter! -exclamó-. Lo siento, lo siento por *ella*, pero finalmente he encontrado una mujer a la que se puede calificar -se detuvo un momento, inspeccionándola-, de alguna manera, como una belleza.

-¿De qué manera? -preguntó Littlemore distraídamente.

-De una manera poco habitual... una manera indescriptible...

Littlemore ya no le escuchaba, pero un momento más tarde se dio cuenta de que su amigo continuaba hablándole.

-No quisiera abusar de tu amabilidad, pero te agradecería mucho que me hicieras un favor.

-Te hice un favor viniendo al teatro -respondió Littlemore-. Aquí hace un calor insoportable y la obra está resultando como una cena sazónada por un ayudante. Todos los actores son *doublures*.

-Sólo pido que me contestes a esto: ¿Se trata de una dama respetable, esta vez? -replicó Waterville sin reparar en el sarcasmo de su amigo.

Littlemore gruñó quedamente y sin volver la cabeza:

-¡Siempre quieres saber si son respetables! ¿Qué diablos importa eso?

-He cometido tantos errores que ya desconfío de entemano -se quejó el pobre Waterville para quien la civilización europea aún no había dejado de ser una novedad y que durante los últimos seis meses se había encontrado con problemas para él absolutamente insospechables. Cada vez que se encontraba con una mujer de

noble apariencia, acababa por descubrir que pertenecía a la clase representada por la heroína del drama de E. Augier. Pero si su atención se centraba en una persona de estilo exageradamente florido, existían grandes probabilidades de que se tratara de una condesa. La condesa parecía tan frívola y las otras tan reservadas... Littlemore, sin embargo, las distinguía a simple vista, y nunca se equivocaba.

-Si se trata sólo de mirarlas, supongo que no importa mucho -dijo Waterville ingenuamente, respondiendo a la pregunta un tanto cínica de su amigo.

-A todas las miras de la misma manera -prosiguió Littlemore, todavía sin moverse-. Excepto, claro está, cuando te digo que no son respetables. ¡Entonces tu atención se vuelve insistente!

-Si tu opinión es desfavorable a esta dama, te prometo que no la volveré a mirar. Me refiero a la del tercer palco, contando desde el pasillo. La que va de blanco, con las flores rojas -añadió mientras Littlemore se incorporaba lentamente hasta ponerse de pie, a su lado-. Fíjate en el joven que se inclina hacia adelante, es ese joven el que me hace dudar de ella. ¿Quieres los anteojos?

Littlemore miró a su alrededor sin concentrarse en ninguna parte.

-No, gracias, mi vista es suficientemente buena. El joven me parece muy correcto -dijo, al cabo de un momento.

-Es cierto, pero tiene unos cuantos años menos que ella. Espera a que vuelva la cabeza.

La dama no tardó mucho en girarse, por lo visto había estado hablando con la *ouvreuse* a la puerta del palco, y volvió la cara a la vista del público. Una cara hermosa, de facciones bien definidas; unos ojos sonrientes; unos labios también sonrientes; una frente adornada por delicados rizos de pelo negro y por el brillo, en cada oreja, de un diamante lo bastante grande como para ser visto desde el otro lado del Théâtre Français. Littlemore la miró. De pronto, soltó abruptamente:

-¡Déjame los anteojos!

-¿La conoces? -preguntó su compañero mientras él enfocaba el pequeño instrumento.

Littlemore no contestó. Seguía mirando en silencio,... luego devolvió los anteojos.

-No, no es respetable -dijo. Y se dejó caer en su asiento otra vez. Como Waterville continuaba de pie, añadió:- Siéntate, por favor, creo que me ha visto.

-¿No quieres que te vea? -preguntó Waterville, interrogador, tomando asiento.

Littlemore dudaba.

-No quiero estropearle su diversión.

En aquel momento el *entr'acte* llegó a su fin; el telón se volvió a levantar.

Había sido Waterville quien había insistido en ir al teatro. Littlemore, habitualmente bien dispuesto a no hacer nada, había propuesto que, ya que hacía una hermosa tarde, se quedaran simplemente sentados fumando junto a la puerta del Grand Café, en la zona respetable del Boulevard.

Sin embargo, incluso a Rupert Waterville, el segundo acto de la obra le estaba resultando aún más pesado de lo que le había parecido el primero. Empezaba a preguntarse si su compañero querría quedarse hasta el final; pero esa era una línea de especulación inútil: habiendo acabado por ir al teatro, la indolencia de Littlemore le impediría hacer el esfuerzo de marcharse. Waterville se preguntaba también qué sería lo que sabía su amigo sobre la dama del palco. En un par de ocasiones le había observado de reojo y había podido constatar que no estaba siguiendo la obra. Era evidente que pensaba en otra cosa. Pensaba en aquella mujer.

Cuando volvió a caer el telón se mantuvo en su sitio, ladeándose tan sólo para dejar espacio a los vecinos de butaca que pasaban dificultosamente, ya que tenía las piernas largas y le molían las rodillas con sus propias protuberancias. Así que se quedaron solos los dos hombres en sus butacas, Littlemore dijo:

-Después de todo, creo que me gustaría volverla a ver.

Hablaba como si Waterville lo supiera todo sobre ella. Waterville era consciente de que ése no era el caso, pero como, evidentemente, le quedaba mucho por saber, pensó que no perdía nada siendo un poco discreto. Así pues, por el momento, no hizo ninguna pregunta; sólo dijo:

-Bien, pues aquí tienes los anteojos.

Littlemore le dirigió una mirada llena de amable compasión.

-No me refería a mirarla con ese artefacto detestable. Me refiero a verla como la solía ver.

-¿Y cómo la solías ver? -dijo Waterville olvidándose de su discreción.

-En el porche de detrás de la casa, en San Diego. -Viendo que su interlocutor recibía tal información con una mirada de perplejidad, prosiguió-. Ven, vamos a donde podamos respirar y te contaré algo más.

Se dirigieron a la estrecha y baja puerta, más apropiada para una conejera que para un gran teatro, desde la cual se pasa del patio de butacas del Comédie a la sala de espera, y, como Littlemore iba delante, su ingenuo amigo

pudo ver como miraba subrepticamente hacia el palco por cuyos ocupantes estaban interesados. Aquella que más le interesaba se hallaba de espaldas al patio de butacas; aparentemente se disponía a salir del palco tras su acompañante, pero el hecho de que no llevara puesta su capa evidenciaba que no iban a salir del teatro. Tampoco el deseo de aire fresco de Littlemore le llevó a la calle. Se había cogido del brazo de Waterville y, cuando llegaron a la noble y gélida escalera que conduce al vestíbulo, empezaron a ascender por ella en silencio. Aunque Littlemore sentía aversión por los placeres activos, su amigo observó que esta vez se había puesto en movimiento: iba en busca de la dama a la cual parecía haber clasificado con una sola palabra. El joven se resignó de momento a no hacer preguntas y ambos pasearon juntos hasta el brillante salón donde, reflejada en una docena de espejos, la magnífica estatua de Voltaire, obra de Houdon, era admirada por unos visitantes boquiabiertos, evidentemente menos agudos que el genio expresado en aquellos rasgos vívidos. Waterville sabía que Voltaire había sido un hombre muy ingenioso, había leído *Candide* y ya había tenido ocasión de apreciar la estatua diversas veces. El vestíbulo no estaba muy lleno. Escasamente una docena de grupos dispersos se movían sobre un suelo notablemente pulido. Algunos más se habían asomado al balcón que se abre sobre la plaza del Palais Royal. Las ventanas estaban abiertas y las brillantes luces de París convertían la tediosa tarde de verano en algo comparable a un aniversario o a una revolución. Un murmullo de voces parecía subir desde las calles, e, incluso al interior del vestíbulo, llegaba el repicar de los cascos de los caballos y el traqueteo sordo de los fiacres en su sinuoso camino sobre el duro y liso pavimento. Una dama y un caballero, de espaldas a nuestros amigos, se encontraban de pie ante la efigie de Voltaire. La dama se hallaba vestida enteramente de blanco. Blanco era, incluso, el sombrerillo con que se tocaba. A Littlemore le parecía, como les suele parecer a muchas personas en ese lugar, que la escena era tremendamente parisina y dejó escapar una risita misteriosa.

-¡Resulta cómico verla aquí! La última vez que la vi fue en Nuevo México.

-¿En Nuevo México?

-En San Diego.

-¡Ah, en el porche de detrás de la casa! -dijo Waterville empezando a comprender. No le había resultado fácil ubicar San Diego, porque, a causa de su nombramiento para un puesto diplomático en Londres, llevaba un cierto tiempo concentrando su atención en la geografía europea y tenía un tanto olvidada la de su propio país.

No habían hablado en voz alta, y no se encontraban cerca de ella, pero, de repente, como si les hubiera oído, la dama de blanco se volvió hacia ellos. Su mirada se cruzó en primer lugar con la de Waterville, y por ella el joven pudo saber que si la dama les había oído no era porque hablaran en forma audible sino porque poseía una agudeza de oído extraordinaria. Pero esa mirada no demostraba que les hubiera reconocido, ni siquiera cuando se posó brevemente sobre George Littlemore. Ello llegó unos segundos más tarde, acompañado de un ligero sonrojo y una rápida extensión de su aparentemente constante sonrisa. Se volvió del todo hacia ellos y se mantuvo en una repentina actitud amistosa, con los labios entreabiertos y ofreciendo de manera casi imperiosa, una mano enguantada hasta el codo. Vista de cerca, resultaba aún más hermosa.

-¡Vaya! -exclamó. Y lo dijo tan alto que todo el mundo en la sala pareció sentirse aludido. Waterville estaba sorprendido. No se hallaba preparado, incluso tras la mención del porche de detrás de la casa, para descubrir que era americana.

Mientras ella hablaba, su acompañante se dio vuelta; era un joven delgado pero de buen color, en traje de etiqueta; se mantuvo distante, las manos en los bolsillos, y Waterville pensó que, evidentemente, no era americano. Su actitud era muy seria para un joven de aspecto atractivo y jovial; y, a pesar de que su altura no superaba la de los dos amigos, observó a Waterville y a Littlemore con una mirada estrecha y vertical. Después se volvió hacia la estatua de Voltaire, como dando a entender que, al fin y al cabo, no entraba dentro de sus previsiones que la dama a la que atendía se encontrara con personas que él no conocía, o que incluso, quizás, no quería conocer. Esta posibilidad venía a confirmar la afirmación de Littlemore sobre la escasa respetabilidad de la dama. El joven, por lo menos, sí era realmente respetable.

-¿De dónde diablos sale usted? -preguntó ella a Littlemore.

-Llevo aquí un cierto tiempo -respondió él, avanzando un tanto cautelosamente para darle la mano. Sonrió ligeramente, pero estaba más serio que ella. Mantenía sus ojos fijos en los de ella, como si temiera algún peligro, de la misma manera en que una persona debidamente cauta se acerca a un animal simpático y bien cuidado que puede jugar a mordisquearle la mano.

-¿Aquí, en París?

-No, aquí y allá, en Europa en general.

-Bueno... es raro que no le haya encontrado antes.

-¡Más vale tarde que nunca! ¿No? -dijo Littlemore con una sonrisa un tanto forzada.

-Bien... parece que se encuentra a gusto aquí -continuó la dama.

-A usted también le sienta bien Europa, por lo menos está encantadora, que viene a ser lo mismo -observó Littlemore riendo y deseando aparecer más relajado.

Era como si al tenerla frente a sí, después de un largo período sin verla, la encontrara más imponente de lo que había imaginado cuando abajo, en el patio de butacas, había decidido salir a su encuentro para saludarla. Mientras hablaban, el joven acompañante de la dama había abandonado su inspección de Voltaire y se había acercado pausadamente sin ni siquiera mirar a Waterville y Littlemore.

-Quiero presentarle a mi amigo -prosiguió ella-. Sir Arthur Demesne, señor Littlemore. Señor Littlemore, sir Arthur Demesne. Sir Arthur Demesne es inglés. El señor Littlemore es compatriota mío, un viejo amigo. Hacía años que no le veía. ¿Cuántos? ¡Quizás sea mejor no contarlos! Me extraña que me haya reconocido -exclamó dirigiéndose a Littlemore-, estoy muy cambiada.

Todo ello lo dijo en un tono ligero y alegre, lo cual lo hacía más audible ya que pronunciaba las palabras con una especie de acariciante lentitud. Los dos hombres, para hacer honor a su presentación, intercambiaron una mirada en silencio; el inglés, quizás se ruborizó un tanto. Era muy consciente del tipo de acompañante que lucía.

-No le he presentado a muchas personas aún -remarcó ella.

-¡Oh, no importa! -dijo sir Arthur Demesne.

-¡Vaya, me resulta extraño verle aquí! -exclamó ella volviendo a mirar a Littlemore-. Usted también ha cambiado.

-No en lo que a usted respecta.

-Eso es lo que quiero averiguar. ¿Por qué no me presenta a su amigo? Veo que parece tener muchas ganas de conocerme.

Littlemore procedió a la ceremonia de las presentaciones, pero la redujo a sus elementos más básicos, meramente una mirada a Rupert y murmurando su nombre.

-¡No le ha dicho *mi* nombre! -exclamó la dama mientras Waterville le dirigía un saludo formal-. Espero que no lo haya olvidado...

Littlemore le dirigió una mirada bastante más penetrante de lo que hasta entonces se había permitido y cuya intencionalidad parecía querer expresar algo así como *¿cuál* es ahora su nombre?

Ella contestó a la velada pregunta tendiéndole la mano como había hecho con Littlemore:

-Encantada de conocerle, señor Waterville, soy la señora Headway, es posible que haya oído hablar de mí. Quizá no mucho en Nueva York, pero sí en las ciudades del Oeste. Porque... es usted americano, ¿no? Bien, somos todos compatriotas, menos sir Arthur Demesne. Déjeme que le presente a sir Arthur: sir Arthur Demesne, el señor Waterville, señor Waterville, sir Arthur Demesne. Sir Arthur Demesne es diputado; ¿no le parece muy joven?

Evidentemente, no esperaba respuesta a dicha pregunta, porque formuló otra inmediatamente, mientras movía sus pulseras a lo largo de los guantes, largos y holgados.

-Y bien, señor Littlemore, ¿en qué está pensando?

Littlemore estaba pensando que realmente debía de haber olvidado el nombre de la dama, puesto que el que ella había pronunciado no le despertaba ningún recuerdo. Pero, evidentemente, no podía responderle sinceramente.

-Estaba pensando en San Diego.

-¿En el porche de atrás, en casa de mi hermana? No piense en él ahora, era demasiado horrible. Ya no vive allí. Creo que ya nadie vive allí.

Sir Arthur Demesne sacó su reloj con el aire de quien no puede participar en una conversación de reminiscencias domésticas. Parecía combinar una serenidad hereditaria con un punto de timidez personal. Comentó brevemente que era hora de volver a sus asientos. Pero la señora Headway hizo caso omiso del comentario. Waterville deseaba que no se moviera de allí. Mirándola sentía el mismo placer que contemplando una pintura encantadora. Su densa cabellera, con suaves y delicadas ondas, era de un negro intenso que en aquel momento resultaba poco común; su tez tenía la lozanía de una flor blanca; su perfil, al volver la cabeza, resultaba puro y fino como el contorno de un camafeo.

-¿Sabe que éste es el principal teatro de la ciudad? -le dijo a Waterville como si quisiera ser sociable-, ¿y que este señor es Voltaire, el célebre escritor?

-Soy un devoto de la Comédie Française -contestó Waterville, sonriendo.

-La sala es nefasta, no hemos oído ni una palabra -intervino sir Arthur.

-¡Ah, sí, los palcos! -murmuró Waterville.

-La obra me ha dejado algo decepcionada -continuó la señora Headway- pero me gustaría saber qué será de esa mujer.

-¿Doña Clorinde? Pues... imagino que la matarán de un tiro; suelen disparar a las mujeres, en las obras francesas -terció Littlemore.

-¡Me recordará San Diego! -exclamó la señora Headway.

-En San Diego eran las mujeres quienes disparaban -repuso él.

-Pues no parece que a usted le hayan matado -replicó la dama en un tono entre zumbón y coqueto.

-No, pero guardo bastantes cicatrices.

-Bueno, esto es bastante singular -continuó ella volviéndose hacia la estatua, obra de Houdon-. Está bellamente modelada.

-¿Acaso está leyendo a Voltaire? -sugirió Littlemore.

-No, pero he comprado sus obras.

-No es una lectura muy adecuada para las damas -dijo severamente el joven inglés ofreciendo su brazo a la señora Headway.

-¡Vaya, podía habérmelo dicho antes de que las comprara! -exclamó ella aparentando una consternación exagerada.

-No podía imaginar que comprara ciento cincuenta volúmenes.

-¿Ciento cincuenta? ¡Sólo he comprado dos!

-Quizá dos no le hagan daño -apuntó Littlemore con una sonrisa.

La dama le dirigió una mirada de reproche.

-Entiendo lo que quiere decir. Se refiere a que soy ya demasiado mala. Bueno, aún siendo tan mala, debe venir a visitarme. -Y le lanzó el nombre de su hotel al tiempo que se alejaba del brazo de su inglés.

Waterville siguió a éste con la vista con cierto interés. Había oído hablar de él en Londres y había visto su retrato en el *Vanity Fair*.

Todavía no era hora de bajar, a pesar de que aquel caballero hubiera dicho que lo era, y Littlemore y su amigo salieron al balcón del vestíbulo.

-Headway. ¿Headway? ¿De dónde demonios habrá sacado ese nombre? -preguntó Littlemore mientras miraban hacia abajo, donde transcurría un animado crepúsculo.

-De su marido, supongo -sugirió Waterville.

-¿De su marido? ¿De cuál? El último se llamaba Beck.

-¿Cuántos ha tenido? -preguntó Waterville ansioso por conocer los motivos por los que su amigo decía que la señora Headway no era respetable.

-No tengo la más mínima idea. Pero no creo que resultara difícil descubrirlo, porque creo que todos están vivos. Era la señora Beck, Nancy Beck, cuando la conocí.

-¡Nancy Beck! -exclamó Waterville horrorizado, y visualizando interiormente aquel delicado perfil, comparable al de una bella emperatriz romana. Parecía ser que había muchas cosas que necesitaban una explicación.

Littlemore le puso al corriente en unas pocas palabras antes de que volvieran a sus butacas. Reconoció que todavía no era capaz de elucidar cuál era la situación actual de la señora Headway. Para él, ella era un recuerdo de sus días en el Oeste; hacía unos seis años que la había visto por última vez. La había conocido muy bien y en diversos lugares. El ámbito de sus actividades era principalmente el Suroeste. Estas actividades tenían un carácter poco definido, excepto en que eran de tipo exclusivamente social. Se suponía que tenía un marido, un tal Philadelphus Beck, el director de un periódico de tendencia demócrata, el *Dakotah Sentinel*, pero Littlemore nunca le había visto; la pareja vivía separada, y se tenía la impresión en San Diego de que el matrimonio del señor y la señora Beck estaba prácticamente en las últimas.

Se acordaba ahora de haber oído después que ella estaba tramitando el divorcio. Obtenía los divorcios muy fácilmente... ¡Estaba tan atractiva ante el juzgado... Había obtenido, uno o dos antes de alguien cuyo nombre Littlemore había olvidado, y existía el rumor de que incluso aquellos dos no habían sido los primeros. ¡Era un auténtico exceso de divorcios! Cuando la había conocido en California, se hacía llamar señora Grenville, aunque le habían dado a entender que no era un apellido adquirido por matrimonio, sino el apellido de soltera, retomado tras la disolución de una unión desafortunada. Había pasado varias veces por esta situación, sus uniones eran todas desgraciadas, y había ostentado media docena de apellidos. Era una mujer encantadora,

especialmente para lo que era Nuevo México, pero se había divorciado demasiadas veces y eso era demasiado duro para la credulidad de un hombre. ¡Daba la impresión de que había repudiado más maridos que veces se había casado!

En San Diego se alojaba en casa de su hermana, cuyo esposo en aquel momento, pues también ella había estado divorciada, era el hombre más importante del lugar. Regentaba un banco con la ayuda de un revólver de seis tiros y nunca había permitido que a Nancy le faltara un hogar durante los períodos en que ésta no tenía ningún compromiso amoroso. Nancy había empezado muy joven. Ahora debía de tener unos treinta y siete años. Bueno, eso era a lo que se refería cuando había dicho que no era una dama respetable. La cronología era un poco confusa. Incluso su hermana le había dicho a Littlemore, por lo menos una vez, que hubo un invierno en que ella misma no tenía claro *quién* era el marido de Nancy. Solía escoger preferentemente directores de periódico; apreciaba la profesión periodística. Está claro que todos tenían que haber sido unos terribles canallas, ya que la gentileza de la dama era manifiesta. Resultaba evidente que fuera lo que fuera lo que hubiera hecho, lo había hecho en defensa propia. En conclusión, había sido muy activa y eso era lo que ahora importaba. Era muy bonita, de naturaleza bien dispuesta y hábil, y seguramente la mejor compañía posible por aquellos lugares. Era un producto femenino del lejano Oeste, una verdadera flor de la costa del Pacífico: ignorante, audaz, tosca, pero llena de ánimo y espíritu, de inteligencia natural, y de un cierto buen gusto, intermitente y fortuito. Solía decir que tan sólo necesitaba una oportunidad. Al parecer, ya la había encontrado.

Hubo un período en la vida de Littlemore que él mismo no imaginaba haber podido soportar de no haber sido por ella. Había montado un rancho de ganado y la ciudad más cercana era San Diego, y allí solía ir a caballo a visitar a la dama. A veces se quedaba una semana en la ciudad y entonces la visitaba todas las tardes. Hacía un calor terrible y solían sentarse en el porche de detrás de la casa. Se mostraba siempre tan atractiva y tan bien vestida como la acababan de contemplar los dos amigos. Por lo que respectaba a su aspecto externo podría haber sido trasplantada con una hora de aviso desde aquel viejo y polvoriento núcleo rural del Oeste a la elegante ciudad del Sena.

-Algunas de esas mujeres del Oeste son maravillosas -dijo Littlemore-. Como ella, sólo requieren una oportunidad.

No había estado enamorado de ella, nunca hubo entre ellos nada de esa índole. Pudo haberlo habido, claro está, pero el caso es que no lo hubo. Headway, aparentemente era el sucesor de Beck; quizás había habido otros entre ambos.

No pertenecía a la alta sociedad ni nada parecido; tan sólo poseía una reputación local: «La elegante y hábil señora Beck», la llamaban los periódicos, aquellos con cuyo director no estaba casada, aunque, naturalmente, en aquella extendida civilización local era sinónimo de amplia. No conocía nada del Este y, que él supiera, en aquella época no había estado nunca en Nueva York. Sin embargo, en los últimos seis años las cosas podían haber cambiado. Sin duda ella había «prosperado». El Oeste nos estaba proporcionando de todo (Littlemore hablaba como neoyorquino); sin duda acabaría proporcionándonos nuestras brillantes mujeres. Esta mujercita, no obstante, solía apuntar mucho más allá de Nueva York: ya en aquellos días pensaba en París y hablaba de París, ciudad que no tenía ninguna perspectiva de conocer, pero de esa manera había podido salir adelante en Nuevo México. Había tenido sus ambiciones y sus presentimientos; había sabido que estaba predestinada a cosas mejores. Incluso en San Diego había podido imaginar anticipadamente a su pequeño sir Arthur.

De vez en cuando, algún inglés errante se ponía a su alcance. No todos eran barones o diputados, pero sí que normalmente representaban un cambio en relación a los directores de periódico. Littlemore tenía curiosidad por saber cuáles eran las intenciones de la señora Headway con respecto a su última adquisición. Probablemente ella le hacía sentirse feliz, si es que sir Arthur era capaz de sentir tal estado de ánimo, lo cual no era muy evidente. Parecía muy espléndida, probablemente Headway se había hecho rico, logro que no podía ser imputado a ninguno de los otros, pero ella no aceptaba dinero, estaba seguro de que nunca había aceptado dinero.

De regreso hacia sus butacas, Littlemore, cuyo tono jocoso, aunque con ese rasgo pensativo inseparable de todo lo retrospectivo, de repente soltó una carcajada.

-¡El modelado de una estatua y la obra de Voltaire! -exclamó, haciendo referencia a dos o tres cosas que la dama había mencionado-. Resulta cómico escucharla hacer pinitos con estos temas; en Nuevo México no conocía nada sobre escultura.

-No me parecía artificial -replicó Waterville, sintiendo el vago impulso de formarse un concepto considerado de ella.

-Pues no; como dice ella, sólo está terriblemente cambiada.

Habían llegado a sus asientos antes de que la obra prosiguiera y ambos echaron una ojeada al palco de señora Headway.

La dama, con la espalda reclinada en su butaca, se abanicaba lentamente observando sin recato a Littlemore, como si hubiera estado esperando para verle entrar. Sir Arthur Demesne estaba sentado a su lado apoyando la barbilla, redonda y rosada, sobre el cuello duro y alto, con una cierta expresión de aburrimiento. Ninguno de los dos parecía hablar.

-¿Estás seguro de que le hace feliz? -preguntó Waterville.

-Sí, esta es la manera en que esa gente lo demuestra.

-Pero... ¿Va por ahí, sola con él, de esa manera? ¿Dónde está su marido?

-Supongo que ella le habrá repudiado.

-¿Y ahora quiere casarse con el baronet? -preguntó Waterville, como si su compañero fuera omnisciente.

Por el momento, a Littlemore le divertía parecerlo.

-Supongo que él quiere casarse con ella.

-¿Para ser repudiado como todos los demás?

-No creo. Me parece que esta vez ha encontrado lo que buscaba -dijo Littlemore, mientras se levantaba el telón.

Littlemore dejó transcurrir tres días antes de llamar al Hotel Meurice que ella había mencionado. Podemos aprovechar éste intervalo para añadir unas cuantas palabras a la historia que hemos oído de sus labios. La estancia de George Littlemore en el lejano Oeste había sido de un tipo provisional bastante corriente por aquel entonces. Había ido allí con la intención de volver a proveer sus bolsillos, bastante vacíos a causa de las extravagancias cometidas en la juventud. Sus primeras tentativas habían fracasado. Los tiempos en que se podía amasar una fortuna estaban ya acabando, incluso para un joven del que se podía suponer que había heredado de un padre honorable, recién fallecido, algunas nobles habilidades, especialmente las dedicadas a la importación de té, a las cuales el viejo señor Littlemore debía la posibilidad de haber dejado a su hijo en una situación acomodada.

Littlemore había disipado su patrimonio y no parecía ser muy rápido en descubrir sus posibilidades para orientarse hacia ninguna de las profesiones llamadas liberales ya que su actividad consistía principalmente en fumar de forma ilimitada y en domar caballos.

Le habían mandado a Harvard a cultivar sus aptitudes pero por la forma que tomaron allí, resultó más efectiva la represión que el estímulo. Represión que consistía en algunas estancias ocasionales en uno de los bellos pueblos del valle de Connecticut. La suspensión temporal de la universidad le había salvado, puesto que la vida en el campo le había permitido distanciarse de sus absurdas aficiones. A la edad de treinta años, no dominaba ninguna de las artes útiles, a menos que incluyamos entre ellas la indiferencia. Y si salió de su indiferencia fue gracias a un golpe de suerte. Para complacer a un amigo que estaba necesitado de dinero de forma aún más apremiante que él, había comprado por una suma moderada (las ganancias de una partida de poker en la que la suerte le había acompañado) una participación en una mina de plata que el vendedor, con una franqueza inusual, había admitido que estaba desprovista de metal. Littlemore hizo investigar la mina y confirmó la veracidad de la aseveración. Pero sería rebatida unos dos años más tarde gracias a que a otro de los accionistas se le reanimó la curiosidad.

Dicho caballero, convencido de que una mina sin plata es algo tan raro como un efecto sin causa, descubrió el centelleo del precioso elemento en la profundidad de la razón ser de las cosas.

Para Littlemore, el descubrimiento fue bienvenido y resultó ser el principio de una fortuna cuya consecución, durante unos cuantos años poco brillantes y en muchos lugares incultos, le había acercado a la desesperación repetidas veces, lo cual, aquel hombre cuya decisión no era nunca muy fime, quizá no merecía del todo.

Fue antes de que la fortuna le sonriera, cuando conoció a la dama que ahora se hospedaba en el hotel Meurice. Ahora era propietario de la mayor parte de la mina que se mantenía tercamente productiva y que le había permitido comprar, entre otras cosas, un rancho de ganado en Montana, de proporciones bastante más nobles que aquellos acres secos cerca de San Diego. Haciendas y minas son cosas que a uno le hacen sentirse seguro y el hecho de saber que no tenía que controlar con demasiada ansiedad las fuentes de sus ingresos (obligación que a un hombre con su carácter le amarga la vida) aumentó su calma natural. No era que esa imperturbabilidad no hubiera sido puesta a prueba considerablemente. Como muestra, un solo ejemplo: había perdido a su esposa al cabo de tan sólo un año de matrimonio, unos tres años ante de la fecha en que nosotros le hemos conocido.

Tenía ya más de cuarenta años cuando conoció y cortejó a una señorita de veintitrés que, como él, parecía tener todas las probabilidades de esperar una sucesión de años felices.

Al morir le dejó una hija de pocos meses que ahora se hallaba al cuidado de su única hermana, esposa de un

hacendado inglés y dueña de una aburrida propiedad en Hampshire. Esta dama, cuyo nombre actual era señora Dolphin, había enamorado a su terrateniente inglés en un viaje que el señor Dolphin se había prometido a sí mismo para conocer las instituciones de los Estados Unidos. La institución sobre la que informó más favorablemente fue la existencia de bellas señoritas en los pueblos más grandes, y al cabo de uno o dos años volvió a Nueva York para casarse con la señorita Littlemore, quien, al contrario de su hermano, no había desperdiciado su patrimonio. La esposa de su hermano, casado varios años más tarde en ocasión de un viaje a Europa, había muerto en Londres, donde se presumía que los médicos eran infalibles, una semana después del nacimiento de su hija, y el pobre Littlemore, aunque renunciando a su hija por el momento, se quedó en aquellos países decepcionantes, para no alejarse demasiado de ella, en Hampshire.

Era un hombre bastante apuesto, especialmente desde que el pelo y la barba le habían encanecido. Alto y fuerte, de buen tipo y mal porte, parecía capaz pero indolente, normalmente se le suponía una importancia de la que estaba lejos de ser consciente. Su mirada era penetrante y tranquila a la vez, su sonrisa leve y tardía, pero sumamente personal.

Su actual ocupación principal era no hacer nada, lo cual cumplía con una perfección artística. Esa facultad provocaba verdadera envidia en Rupert Waterville, que tenía diez años menos que él y demasiadas ambiciones y ansiedades, (ninguna de ellas muy importante, pero que, todas juntas formaban un considerable potencial) para poder esperar la inspiración. Le parecía una hazaña y esperaba llegar a poseer también él esa facultad algún día. Hacía tan independiente a un hombre... que tenía todos los recursos dentro de sí. Littlemore podía estar sentado toda una tarde sin pronunciar palabra y sin moverse, fumando puros y mirándose distraídamente las uñas. Como todo el mundo sabía que era buena persona y que había logrado una considerable fortuna, nadie podía atribuir su aburrido comportamiento a la estupidez o a la insociabilidad. Parecía más bien traslucir un fondo de reticencias, una experiencia de la vida que le había reportado cientos de cosas en qué pensar. Waterville presentía que si sacaba buen provecho de los años presentes y estaba ojo avizor para aprovechar la experiencia, cuando tuviera cuarenta y cinco años, él también podría dejar correr el tiempo mirándose las uñas. Tenía la idea de que tal actitud contemplativa (evidentemente no en su intensidad literal sino simbólica) era un signo claro de hallarse ante un hombre de mundo. Waterville, posiblemente sin tener en cuenta lo desagradecido que era el Departamento de Estado, tenía también la idea de dedicarse a la carrera diplomática. Era el más joven de los dos secretarios que hacían que el *personal* de la Legación de los Estados Unidos en Londres fuera excepcionalmente numeroso y en aquel momento estaba disfrutando de su permiso anual para ausentarse. A un diplomático le conviene ser impertérrito y aunque, en general, no había tomado en absoluto a Littlemore como modelo (había muchos mejores que él en el cuerpo diplomático de Londres) le había parecido realmente impertérrito cuando, una tarde, en París le habían preguntado qué quería hacer y había contestado que le gustaría no hacer nada y, sencillamente, había permanecido sentado durante horas en la terraza del Grand Café en el Boulevard de la Madeleine. Le gustaba sentarse en los cafés e ir pidiendo una *demi-tasse* tras otra. Sucedió apenas ocasionalmente que Littlemore deseara ir a alguna parte, incluso al teatro, y la visita a la Comédie Française que hemos descrito, la había llevado a cabo a instancias de Waterville. Había visto *Le Demi-Monde* hacía un par de noches y le había dicho que *L'Aventurière* mostraba un tratamiento especial del mismo tema: la justicia con que hay que castigar a las mujeres sin escrúpulos que tratan de adentrarse en las familias honorables. Le parecía que en ambos casos las damas habían merecido su destino, pero hubiera preferido que éste se hubiera cumplido sin necesidad de tantas mentiras por parte de los representantes del honor. Littlemore y él, sin ser íntimos, eran muy buenos amigos y pasaban gran parte de su tiempo juntos. Tal como habían ido las cosas Littlemore se alegraba de haber ido al teatro ya que le había interesado sumamente el nuevo papel que encarnaba Nancy Beck.

II

Su tardanza en ir a visitarla fue, sin embargo, algo calculado; tenía para ello razones que no es necesario mencionar. De todos modos, cuando fue, la señora Headway estaba en casa y Littlemore no se sorprendió de encontrar a sir Arthur Demesne en su saloncito. Alguna cosa en el aire parecía evidenciar que dicho caballero llevaba allí bastante tiempo. Littlemore pensó que, en aquel momento, dadas las circunstancias, probablemente daría por terminada su visita; tenía que saber por su anfitriona que Littlemore era un viejo y bien conocido amigo. Evidentemente, podía tener claros derechos y las apariencias parecían indicarlo, pero cuanto más claros con más elegancia podía renunciar a ellos. Estos pensamientos recorrían la mente de Littlemore mientras sir Arthur Demesne se mantenía en su asiento sin dar muestras de pensar en irse. La señora Headway se mostraba

cortés, con aquel aire de conocerle a uno desde hacía mil años; regañó de forma excesiva a Littlemore, pero ello era solamente una forma más de cortesía. A la luz del día parecía algo apagada; pero su expresión no podría apagarse nunca.

Tenía las mejores habitaciones del hotel y un aire de extrema opulencia y prosperidad; un mensajero permanecía fuera, en la antecámara, y era evidente que la dama sabía vivir.

Trató de incluir a sir Arthur en la conversación, pero el joven, a pesar de mantenerse en su sitio, rehusaba ser incluido. Sonreía en silencio, pero era evidente que no se sentía cómodo. La conversación por lo tanto, se mantenía superficial; cualidad que, antaño, nunca se podría haber atribuido a las entrevistas de la señora Headway con sus amigos. El caballero inglés miraba a Littlemore con una extraña perversa expresión que Littlemore, en un principio, con íntimo regocijo, atribuyó sencillamente a los celos.

-Mi querido sir Arthur, me encantaría que se marchara -observó la señora Headway al cabo de un cuarto de hora.

Sir Arthur se levantó y cogió su sombrero.

-Pensaba que prefería que me quedara.

-¿Para defenderme del señor Littlemore? Le conozco desde que era una niña. Sé muy bien qué es lo peor que puede hacer.

Por un momento, fijó su encantadora sonrisa en el invitado que se retiraba y añadió de manera absolutamente inesperada:

-¡Quiero hablar con él de mi pasado!

-Eso es precisamente lo que hubiera querido oír -repuso sir Arthur con la mano en el tirador de la puerta.

-¡No nos entendería, hablaremos en americano!... Él habla al estilo inglés... -se justificó ella, a su manera, reducida pero suficiente, mientras el baronet, que anunció que, de todos modos, volvería por la tarde, se abrió él mismo la puerta.

-¿No conoce su pasado? -preguntó Littlemore, procurando que la pregunta no sonara impertinente.

-Pues sí, se lo he contado todo. Pero no entiende nada. Los ingleses son tan especiales... Me parecen un poco tontos. Él nunca había oído hablar de lo que puede ser una mujer... - Aunque aquí la señora Headway se detuvo, Littlemore sabía a lo que se refería- ¿De qué se ríe? No importa -continuó-, hay muchas más cosas en el mundo de las que esa gente no ha oído hablar, sin embargo, me gustan mucho; por lo menos él sí me gusta. Es tal como ha de ser un caballero ¿Sabe lo que quiero decir? Sólo que se queda aquí demasiado rato y no sabe ser divertido. Me alegra mucho verle a usted, es todo un cambio.

-¿Quiere decir que yo no soy tal como ha de ser un caballero? -preguntó Littlemore.

-No es eso, ni mucho menos. Solía ser un caballero, en Nuevo México. Creo que era el único, y espero que todavía lo sea. Por eso le reconocí la otra noche; podía haber fingido no reconocerle, ¿sabe?

-Todavía puede hacerlo, si quiere, no es demasiado tarde.

-¡Oh, no, no es eso lo que quiero! Quiero que me ayude.

-¿Que le ayude?

La señora Headway dirigió la vista un momento hacia la puerta.

-¿Cree que ese hombre estará ahí todavía?

-¿Ese joven, su pobre inglés?

-No, me refiero a Max. Max es mi mensajero -dijo la señora Headway con un cierto aire de querer impresionar.

-No tengo la más mínima idea. Iré a ver, si quiere.

-No, en ese caso tendría que darle alguna orden, y no sé que demonios mandarle hacer. Se está allí sentado, horas y horas. Mis costumbres sencillas no le dan mucho trabajo. Me temo que no tengo bastante imaginación.

-Es el peso de la opulencia... -dijo Littlemore.

-Oh, sí, soy realmente opulenta. Pero, por regla general, me gusta serlo. Es sólo que me temo que nos va a oír. Hablo siempre tan alto... ésa es otra de las cosas que estoy tratando de corregir.

-¿Por qué quiere ser distinta?

-Pues... porque todo lo demás es distinto -replicó la señora Headway con un pequeño suspiro-. ¿Se enteró de que perdí a mi marido? -prosiguió repentinamente.

-¿Quiere decir... un... señor...? -Y Littlemore se calló con una intencionalidad de la que ella no pareció enterarse.

-Me refiero al señor Headway -repuso ella con dignidad-, he pasado por no poco desde que me vio por última vez: matrimonio, muerte, problemas y toda suerte de cosas.

-Habrás pasado por no pocos matrimonios antes de entonces -se atrevió a observar Littlemore.

La dama posó su mirada sobre él con un brillo de compasión y sin cambiar de color.

-No tantos, no tantos...

-No tantos como se podría haber pensado.

-No tantos como se comentaba. He olvidado si estaba casada la última vez que le vi.

-Eso era lo que se comentaba -dijo Littlemore- pero yo nunca vi al señor Beck.

-¡No se perdió de nada, era un infeliz! He hecho algunas cosas en mi vida que nunca podré entender, no es extraño que los demás no las entiendan. ¡Pero eso ya se acabó!.. ¿Está seguro de que Max no nos oye?

-preguntó rápidamente.

-No estoy nada seguro. Pero si sospecha que escucha por el ojo de la cerradura, yo, de usted, le enviaría fuera.

-No creo que lo haga. No paro de precipitarme hacia la puerta.

-Entonces no debe de oír nada. No tenía idea de que tuviera tantos secretos. Cuando me separé de usted, el señor Headway estaba en el futuro.

-Pues ahora está en el pasado. Era un hombre agradable. Eso sí puede entender por qué lo hice. Pero sólo vivió un año. Sufrió un ataque al corazón; me dejó bien acomodada. -Se refirió a hechos tan distintos como si tuvieran la misma importancia.

-Me alegro de oírlo, tenía gustos caros.

-Tengo bastante dinero -continuó la señora Headway-, el señor Headway tenía propiedades en Denver, que han aumentado enormemente de valor. Después de su muerte probé a vivir en Nueva York. Pero Nueva York no me gusta. -La anfitriona de Littlemore pronunció esta última frase en un tono que la convertía en el *résumé* de todo un episodio social-. Tengo la intención de vivir en Europa. Europa me gusta -anunció y el tono de dicho anuncio tenía un toque de profecía, de la misma manera que sus otras palabras habían tenido una resonancia de historia.

Littlemore se hallaba muy impresionado por todo aquello y también muy entretenido con la historia de la señora Headway.

-¿Viaja con ese joven? -preguntó con la tranquilidad de aquel que desea que su entretenimiento dure lo máximo posible.

La dama se cruzó de brazos y se echó para atrás en su asiento.

-Vamos a ver, señor Littlemore -dijo-, sigo teniendo tan buen carácter como solía tener en Estados Unidos, pero ahora entiendo mejor las cosas. Claro que no viajo con ese joven, es tan sólo un amigo.

-¿No es un amante? -preguntó Littlemore con cierta crueldad.

-¿Acaso la gente viaja con sus amantes? No le he pedido que se burle de mí. Le he pedido que me ayude. Le dirigí una mirada de delicada protesta que pudo haberle enternecido. Se la veía tan dulce y razonable...-. Como le decía, le he tomado cariño a esta vieja Europa; creo que nunca volveré. Pero quiero conocer la vida de aquí. Creo que todo me iría bien... si pudiera empezar con buen pie. Señor Littlemore -añadió rápidamente-, será mejor que sea franca, ya que no tengo de qué avergonzarme. Quiero entrar en la alta sociedad. Eso es lo que quiero.

Littlemore se acomodó en su asiento con la sensación de aquel que sabe que va a tener que forcejear y busca un buen punto de apoyo. Sin embargo empleó un tono jocoso y ligero, casi de aliento, cuando repitió:

-¿En la alta sociedad? ¡Me parece que ya está dentro de ella, con barones por admiradores!

-¡Eso es precisamente lo que quiero saber! -dijo ella con cierta ansiedad-. ¿Es mucho un baronet?

-Eso tienden a creer ellos. Pero yo no entiendo mucho del tema.

-Pero usted pertenece a la alta sociedad, ¿no es así?

-¿Yo? ¡Por nada del mundo! ¿De dónde ha sacado esa idea? A mí la alta sociedad me importa menos que esa edición del *Figaro*.

El rostro de la señora Headway expresó una profunda decepción y Littlemore se dio cuenta de que, habiendo oído hablar de la mina de plata y de su rancho de ganado y sabiendo que vivía en Europa, había esperado encontrarle inmerso en los círculos de moda. Pero la dama se repuso rápidamente:

-No creo ni una palabra de lo que ha dicho. Sabe que es un caballero, no lo puede evitar.

-Puede que sea un caballero pero no tengo ninguna de sus costumbres. -Littlemore dudó un momento y luego prosiguió:- Viví demasiado tiempo en el gran Suroeste.

La dama se sonrojó súbitamente, había entendido de inmediato, había entendido incluso más de lo que él había querido decir. Pero pretendía sacar provecho de su relación y, en aquel momento, era más importante parecer dispuesta a perdonar, especialmente si ella tenía conciencia de estarlo, que a castigar sus crueles palabras. No obstante, podía permitirse el lujo de emplear un tono ligeramente irónico:

-Eso da igual, un caballero siempre es un caballero.

-No siempre -repuso Littlemore, riéndose.

-Es imposible que, a través de su hermana, no haya aprendido algo sobre la alta sociedad europea -dijo la señora Headway.

Al oír mencionar a su hermana, aunque fuera con una delicadeza estudiada que pudo captar al vuelo, Littlemore no pudo reprimir un sobresalto. «¿Qué demonios puede tener que ver con mi hermana?», le hubiera gustado poder decir. Mezclar a su hermana en la conversación le resultaba desagradable. Ella pertenecía a un orden de ideas muy distinto y estaba fuera de toda posibilidad que la señora Headway llegara a conocerla, si era eso lo que, como habría dicho la dama, pretendía insinuar. Pero se contuvo y aprovechó un asunto de menor relevancia.

-¿Qué quiere decir con la «alta sociedad europea»? No se puede hablar de algo así, es una expresión muy imprecisa.

-Bueno, me refiero a la alta sociedad inglesa. Me refiero a la sociedad en que vive su hermana, eso es lo que quiero decir -contestó la señora Headway, a quién no le importaba ser clara-, me refiero a la gente que vi en Londres en mayo pasado, la gente que vi en la ópera y en los parques, la gente que acude a los salones de la reina. Cuando estuve en Londres me alojé en ese hotel que hace esquina con Picadilly, el que tiene vista a lo largo de la calle St. James, y me pasaba horas junto a la ventana mirando a la gente que pasaba en sus carruajes. Yo también tenía un carruaje que, cuando no estaba junto a la ventana, me llevaba a todas partes. Estaba totalmente sola. Veía a todo el mundo pero no conocía a nadie, no tenía a nadie que me explicara lo que veía. Aún no conocía a sir Arthur, entonces. Le conocí hace un mes, en Hamburgo. Me siguió a París y así fue como llegó a ser mi invitado.

La señora Headway pronunció esta última aseveración serenamente, prosaicamente sin ni un asomo de vanidad; era como si estuviera acostumbrada a que la siguieran, como si fuera inevitable que un caballero, una vez conocido en Hamburgo, tuviera que seguirla. En el mismo tono, continuó:

-Llamé bastante la atención, en Londres. Podía darme cuenta fácilmente.

-Eso sucederá vaya donde vaya -dijo Littlemore de manera bastante inadecuada, le pareció.

-No quiero llamar tanto la atención, me parece vulgar -repuso la señora Headway con cierta suave dulzura, lo cual parecía indicar que disfrutaba con una nueva idea. Era, evidentemente, una mujer abierta a nuevas ideas.

-Todo el mundo la miraba, la otra noche, en el teatro -continuó Littlemore-. ¿Cómo espera pasar inadvertida?

-No quiero pasar inadvertida. La gente siempre me ha mirado y supongo que siempre lo hará. Pero existen distintas maneras de mirar. Yo sé de qué manera quiero que me miren ¡Y me propongo conseguirlo! -exclamó la señora Headway. Sí, realmente, era muy clara.

Littlemore se mantenía sentado, cara a cara con la dama y, durante un rato, no dijo nada. Experimentaba una mezcla de emociones y le invadía el recuerdo de otros lugares, otros momentos. Había existido antiguamente una considerable ausencia de barreras entre ellos dos. Él la había conocido como sólo se conoce a la gente en el gran Suroeste. Le había gustado enormemente, en un pueblo donde habría resultado ridículo mostrarse difícil de complacer. Pero su conciencia de este hecho estaba vinculada, de alguna manera, a las condiciones de vida del gran Suroeste; su simpatía por Nancy Beck era una emoción cuyo marco correcto era el porche de atrás. Y ahora ella se presentaba partiendo de una nueva base, parecía desear que la clasificara de manera distinta. Littlemore se decía a sí mismo que ello podría resultar demasiado molesto. La había conocido como era en aquel tiempo; no podía, a estas alturas, imaginarla de otra manera. Se preguntaba si iba a resultar un incordio. No era fácil creerla capaz de tal actitud, pero podía llegar a resultar incómoda si de verdad estaba resuelta a ser diferente. Le asustaba un poco cuando se ponía a hablar de la alta sociedad europea, de su hermana, de lo que resultaba vulgar... Littlemore era una buena persona y sentía, por lo menos, el normal amor del hombre por la justicia, pero existía en él un componente de indolencia, de escepticismo, quizá incluso de brutalidad, que hacía que deseara preservar la simplicidad de sus relaciones anteriores. No tenía ningún especial interés por ver renacer a una mujer, como se denominaba a tal proceso místico. No creía en el renacimiento de las mujeres. Creía en su no hundimiento; lo veía como perfectamente posible y eminentemente deseable, pero sostenía que era mejor para la sociedad que no procuraran, como dicen los franceses, *mêler les genres*. En general, no pretendía decir qué era bueno para la sociedad; le parecía que la sociedad no andaba por muy buen camino, pero estaba convencido sobre este punto en particular. Nancy Beck compitiendo por un lugar relevante, podía ser un espectáculo entretenido para un espectador cualquiera, pero podía resultar un fastidio, un desconcierto, si lo que se esperaba de él era algo más que la simple contemplación. No tenía intención de resultar huraño, pero quizás era conveniente demostrar que no se iba a dejar engañar.

-Bueno, si quiere algo, seguro que lo conseguirá -dijo, en respuesta al último comentario de la dama-. Siempre ha obtenido lo que deseaba.

-Pues esta vez quiero algo nuevo. ¿Reside su hermana en Londres?

-Mi querida señora, ¿qué sabe, usted, de mi hermana? -preguntó Littlemore-. No creo que le gustara.

La señora Headway guardó silencio un momento.

-¡No me respeta! -exclamó de repente, en un tono de voz bastante alto, casi alegre. Si Littlemore quería, como he dicho, preservar la simplicidad de sus relaciones, ella estaba aparentemente dispuesta a complacerle.

-¡Ah, mi querida señora Beck...! -exclamó con un ligero tono de protesta y usando su antiguo apellido por casualidad. En San Diego nunca se había preguntado si le respetaba o no, era algo que nunca había surgido.

-Aquí tiene la prueba: ¡Llamarme por ese apellido odioso! ¿No cree que me volví a casar?... Nunca he tenido suerte con los apellidos -añadió pensativamente.

-Me lo pone muy difícil cuando dice cosas tan disparatadas. Mi hermana vive la mayor parte del año en el campo, es una persona muy sencilla, algo aburrida, quizás un poco intolerante. Usted es muy lista, muy viva, y tan abierta como toda la creación. Por eso creo que no le gustaría.

-Debería darle vergüenza hablar mal de su hermana -exclamó la señora Headway-. Una vez en San Diego, me dijo que era la mujer más agradable que conocía: Me fijé en ello, ¿ve? También me dijo que tenía justamente mi edad. ¡O sea que quedará en una situación algo incómoda si no me la presenta! -Y la anfitriona de Littlemore soltó una risa despiadada-. No temo en lo más mínimo que me resulte aburrida. Ser aburrido es muy distinguido. Yo soy, de largo, demasiado animada.

-¡Es cierto, que lo es, y mucho! pero no hay nada tan fácil como conocer a mi hermana -dijo Littlemore aun sabiendo perfectamente que era falso. Y luego, para apartar la atención de un asunto tan delicado, preguntó de repente-: ¿Se va a casar con sir Arthur?

-¿No cree que ya me he casado bastantes veces?

-Posiblemente, pero esta línea es nueva, sería diferente. Un inglés. Es una nueva sensación.

-Si me casara, lo haría con un europeo -dijo la señora Headway pausadamente.

-Tiene buenas posibilidades. Todos los hombres se están casando con americanas.

-Tendría que ser alguien admirable, el hombre con el que me casara ahora. ¡Tengo bastante que compensar! Eso es lo que me gustaría saber sobre sir Arthur y que en todo este tiempo no me ha dicho.

-No tengo absolutamente nada que contar, nunca había oído hablar de él. ¿No le ha dicho nada, él?

-Nada de nada, es muy modesto; nunca presume ni se jacta de ser nadie especial. Por eso me agrada, me parece de tan buen gusto. ¡Adoro el buen gusto! -exclamó la señora Headway-. Pero en todo este rato -añadió-, no me ha dicho si me ayudaría.

-¿Cómo la puedo ayudar? No soy nadie, no tengo ninguna influencia.

-Me puede ayudar no poniéndome impedimentos. Quiero que me prometa que no me pondrá impedimentos.

Volvió a brindarle su mirada fija y brillante, sus ojos parecían escudriñar el fondo de los de Littlemore.

-Dios mío, ¿cómo iba a ponerle impedimentos?

-No estoy segura de que pudiera, pero tal vez podría intentarlo.

-Soy demasiado indolente, y demasiado tonto -dijo Littlemore jocosamente.

-Sí -contestó meditando mientras seguía mirándole-, creo que es demasiado tonto. Pero también creo que es demasiado bueno -añadió más amablemente. Era irresistible cuando decía algo así.

Hablaron durante casi un cuarto de hora más y finalmente, como si hubiera sentido escrúpulos, ella le preguntó por su matrimonio, por la muerte de su mujer, asuntos a los que se refirió más oportunamente (le pareció a él) que a otros.

-Debe de ser muy feliz teniendo una hija pequeña. Es lo que desearía tener. ¡Dios mío, haría de ella una mujer impecable! No como yo, sino de otro estilo.

Cuando Littlemore se levantó para marcharse, la señora Headway le dijo que debería ir a visitarla más a menudo; iba a quedarse unas semanas más en París; debería llevar con él al señor Waterville.

-No creo que a su amigo inglés le guste que vengamos muy a menudo -dijo Littlemore, con la mano en la puerta.

-No veo que ello tenga nada que ver con él -contestó ella mirándole fijamente.

-Yo tampoco. Sólo que debe de estar enamorado de usted.

-Eso no le confiere ningún derecho. Vaya, si hubiera tenido que molestarme por todos los hombres que se han enamorado de mí...

-Desde luego, habría tenido una vida terrible. Incluso haciendo lo que le apetecía ha llevado una vida bastante

agitada. Pero los sentimientos de su joven inglés parecen otorgarle el derecho de sentarse ahí, cuando ha venido alguien, con una expresión de infortunio y aburrimiento que podría llegar a resultar muy molesto.

-En el momento en que resulte molesto le echo. Puede confiar en mí a ese respecto.

-Bueno -dijo Littlemore- después de todo, no importa. -Recordó que podría ser muy incómodo para él estar en permanente posesión de la señora Headway.

La dama salió con él a la antesala. Max, el mensajero, afortunadamente, no estaba. Ella tardaba en despirse; parecía tener algo más que decir.

-Al contrario, le gusta que venga -observó un momento más tarde-. Quiere estudiar a mis amigos.

-¿Estudiarlos?

-Quiere saber más cosas de mí y cree que ellos le pueden decir algo. Un día u otro le preguntará directamente, «Bueno, pero ¿qué clase de mujer es?».

-¿No lo ha descubierto todavía?

-No me entiende -dijo la señora Headway contemplando la parte delantera de su vestido-. Nunca había visto a nadie como yo.

-¡Imagino que no!

-O sea, que le preguntaré, tal como le he dicho.

-Le diré que es usted la mujer más encantadora de Europa.

-¡Eso no es una descripción! Además, es algo que él ya sabe. Quiere saber si soy respetable.

-¡Vaya, es muy curioso! -exclamó Littlemore, riendo.

Ella palideció, parecía observar atentamente los labios de Littlemore.

-Procure decírselo -continuó, con una sonrisa que no le devolvió el color en absoluto.

-¿Respetable? ¡Le diré que es adorable!

La señora Headway se mantuvo en silencio un momento más.

-¡Ah, no sirve para nada! -murmuró.

Y de repente, se dio vuelta y se volvió a su salón, arrastrando lentamente la larga cola de su falda.

III

«*Elle ne se doute de rien!*», se dijo Littlemore mientras se alejaba del hotel; y repitió la frase al hablar con Waterville sobre la señora Headway.

-Quiere ser correcta -añadió-. Pero nunca lo conseguirá del todo; ha empezado demasiado tarde, ya nunca será más que medianamente correcta. De todas maneras, tampoco sabrá cuándo está equivocada, así que ¡tanto da! Luego procedió a afirmar que, respecto a algunas cosas, se mantendría incorregible: no tenía ningún tacto; ninguna discreción; ningún matiz; era una mujer que, de repente, te podía decir: «¡No me respetas!». ¡Como si fuera propio de una mujer decir algo así!

-Depende de lo que haya querido decir con ello. -A Waterville le gustaba encontrarles diversos sentidos a las cosas.

-¡Cuanto más quisiera decir con ello, menos debiera decirlo! -declaró Littlemore.

Sin embargo, volvió al Hotel Meurice, y en la siguiente ocasión llevó a Waterville con él. El secretario de Legación, que no estaba acostumbrado a tratar con damas de tal ambigüedad, estaba dispuesto a considerar a la señora Headway como representante de una clase muy curiosa. Temía que pudiera ser muy peligrosa; pero, en términos generales, se sintió seguro. El objeto de su devoción en aquel momento era su país, o por lo menos el Departamento de Estado; no tenía ninguna intención de dejarse desviar de esa lealtad. Además, él tenía su propio ideal de mujer atractiva: una persona de tono mucho más suave que esta brillante, sonriente, susurrante charlatana hija de los Territorios. La mujer que a él le gustaría sería reposada, con un cierto gusto por la intimidad; a veces le gustaría dejarlo solo. La señora Headway hacía alusiones personales, familiares, íntimas; siempre estaba suplicando o acusando, pidiendo explicaciones y promesas, diciendo cosas a las que uno tenía que contestar. Todo ello acompañado de mil sonrisas y atenciones y otras gracias naturales, pero el efecto general era algo fastidioso. Tenía sin duda un gran encanto, un deseo inmenso de complacer, y una maravillosa colección de vestidos y chucherías pero estaba impaciente y preocupada, y era imposible que otras personas compartieran su impaciencia. Si bien era cierto que ella quería entrar en la alta sociedad, también lo era que no había ninguna razón para que sus visitantes solteros desearan verla allí; porque era precisamente la ausencia de los estorbos sociales habituales lo que hacía tan atractivo su salón. No cabía duda de que era varias mujeres en una, y que debería contentarse con esa especie de victoria numérica. Littlemore le dijo a Waterville que era una

torpeza por parte de ella desear escalar las alturas; debería saber cuánto mejor estaba en su lugar, más bajo. Parecía que la actitud de la señora Headway le irritaba vagamente. Incluso en sus agitados intentos de autoeducarse, se había convertido en una gran crítica, y manejaba muchas de las maneras de la época con un toque libre y atrevido, de modo que constituían una vaga invocación, una petición de avenencia que, naturalmente, resultaba incómoda para un hombre a quien disgustaba la molestia de revisar viejas decisiones, consagradas por una cierta cantidad de reminiscencias que se podrían calificar como tiernas. Ella tenía, sin embargo, un encanto evidente; era una caja llena de sorpresas. Incluso Waterville se veía obligado a confesar que no era posible excluir ese elemento de lo inesperado de su concepto de mujer ideal y reposada. De todas maneras, existían dos tipos de sorpresa, y sólo uno de ellos era totalmente agradable, aunque la señora Headway los manejaba ambos con la misma soltura. Tenía esas repentinas alegrías, esas exclamaciones inesperadas, la especial curiosidad de una persona que ha crecido en un país donde todo es nuevo y muchas cosas son feas, y quien, con una inclinación natural por las artes y las cosas agradables de la vida, alcanza un tardío conocimiento de algunas de las usanzas más refinadas, los placeres más elevados. Era provinciana, era fácil ver que era provinciana; ello no requería ninguna inteligencia especial. Pero lo que sí resultaba bastante parisino, si es que ser parisino era la medida del éxito, era la manera en que había aprendido nuevas ideas y en que aprovechaba los consejos de cada circunstancia.

-Déme únicamente algo de tiempo, y sabré todo lo que haga falta -le dijo a Littlemore, que observaba sus progresos con una mezcla de admiración y de tristeza.

Le encantaba hablar de sí misma como una pobre bárbara que intentaba recoger unas pocas migajas de conocimiento, y cuya costumbre se había visto coronada por el éxito gracias a la delicadeza de su rostro, la perfección de su indumentaria y la brillantez de su comportamiento.

Una de sus sorpresas fue que tras la primera visita no volvió a mencionarle para nada la señora Dolphin. Quizá Littlemore la juzgaba erróneamente, pero había temido que sacara el tema de dicha dama cada vez que se encontraran.

-Mientras deje a Agnes en paz, puede hacer lo que le plazca -le dijo a Waterville, expresando su alivio-. Mi hermana ni tan sólo la miraría, y sería muy difícil tener que explicárselo.

Ella esperaba su ayuda; sólo con su manera de mirarle se lo hacía sentir; pero por el momento no exigía ningún servicio concreto. Callaba y esperaba, y esa paciencia en sí misma era una especie de reprensión. En cuanto al ambiente social, era preciso confesar que sus privilegios eran escasos; sir Arthur Demesne y sus dos compatriotas, por lo que estos últimos podían descubrir, eran sus únicos visitantes. Podría haber tenido otros amigos, pero mantenía la cabeza muy alta y prefería no ver a nadie que no tener la mejor compañía. Era evidente que se congratulaba de dar la sensación de no estar abandonada, sino de ser exigente. Había muchos americanos en París, pero en esta dirección no logró ampliar sus relaciones: la gente conveniente no iría a verla, y nada podría haberla inducido a recibir a la otra. Tenía una idea muy concreta de la gente que quería ver y la que quería evitar. Littlemore esperaba todos los días que le preguntara por qué no llevaba con él a algunos de sus amigos y ya tenía preparada la respuesta. Era esta respuesta muy pobre, porque constaba tan sólo de la aseveración convencional de que la quería guardar solamente para él. Seguro que la dama replicaría que era una respuesta «poco consistente» y realmente lo era; pero pasaron los días sin que ella le pidiera cuentas. En la pequeña colonia americana de París abundaban las mujeres amables, pero no había ninguna a quien Littlemore pudiera decidirse a decir que él consideraría como un favor que pasara a visitar a la Sra. Headway. Ninguna le iba a gustar más por el hecho de hacerlo, y él deseaba que le gustasen aquellas a las que podría pedir un favor.

Por consiguiente, excepto que Littlemore ocasionalmente se refería a ella como una mujercita del Oeste, muy bonita y algo peculiar, que había sido anteriormente una gran amiga suya, la señora Headway continuó desconocida en los *salons* de la avenida Gabriel y las calles que rodean el Arco del Triunfo. De haber pedido a los hombres que la visitasen, sin pedírselo a las damas, sólo habría acentuado el hecho de no pedírselo a las damas; así que no se lo pidió a nadie. Además, era verdad, un poquito, que quería guardarla para él solo, era lo suficientemente fatuo como para creer que a ella le importaba mucho más él que su inglés. Era evidente, sin embargo, que él no se casaría con ella ni en sueños, mientras que el inglés, aparentemente, se hallaba inmerso en esa visión.

La señora Headway detestaba su pasado; solía anunciarlo muy a menudo, hablando de ello como si se tratara de un apéndice del mismo tipo que un mensajero deshonesto, o incluso una protuberancia inconveniente en el ropaje. Por lo tanto, formando Littlemore parte de su pasado, podría haberse supuesto que también le detestaría y que querría desterrarle, con todas las imágenes que le retrotraía, de su presencia. Pero con él hacía una excepción y, si bien le disgustaban sus relaciones de antaño como capítulo de su propia historia, parecían

gustarle como capítulo de la del caballero.

A él le parecía que la dama se aferraba a él, convencida de que le podía ayudar y que a la larga lo haría. Parecía que, poco a poco, se había ido acomodando a la idea de conseguirlo a largo plazo. Por otra parte, había conseguido mantener una perfecta armonía entre sir Arthur Demesne y sus visitantes americanos, que pasaban mucho menos tiempo en su salón. Le había convencido fácilmente de que no había ningún motivo para estar celoso y que ellos no tenían ninguna intención, como ella decía, de excluirle; también que era ridículo estar celoso de dos personas a la vez, y que Rupert Waterville, una vez aprendido el camino de su hospitalario apartamento, se personaba allí tan a menudo como su amigo Littlemore. Los dos, en efecto, normalmente venían juntos, y terminaron por librar a su competidor de cierto sentido de la responsabilidad. Este amable y excelente pero algo limitado y un poco pretencioso joven, que aún no se había decidido, se sentía a veces un poco oprimido por la magnitud de su empresa, y cuando estaba a solas con la señora Headway, la tensión de sus pensamientos llegaba a ser, ocasionalmente, bastante dolorosa. Delgado y erguido, parecía más alto de lo que era. Su cabello era muy bonito y muy sedoso y se apartaba ondulando de su grande y blanca frente; estaba, además, dotado de una nariz del modelo llamado romano. A pesar de estos dos últimos atributos parecía más joven de la edad que tenía, en parte, debido a la delicadeza de su tez y la inocente franqueza de sus redondos ojos azules. Era tímido y cohibido; había ciertas letras que no podía pronunciar. Al mismo tiempo sus modales eran los de un joven educado para ocupar una posición considerable en la sociedad, en quien una cierta corrección se había convertido en hábito, y que, aunque de vez en cuando podía ser un poco torpe con respecto a cosas de poca importancia, se podía dar por seguro que se portaría dignamente en las de mayor magnitud. Era muy sencillo, y se tenía por muy serio; llevaba en sus venas la sangre de una veintena de hacendados de Warwickshire; mezclada en última instancia con el fluido algo más pálido que daba vida a la hija de largo cuello de un banquero que había deseado un conde por yerno, pero que había consentido en considerar a sir Baldwin Demesne como el menos insuficiente de los baronetes. El niño, hijo único, había heredado su título a los cinco años de edad; su madre, que decepcionó a su aurífero pregenitor por segunda vez cuando el pobre sir Baldwin se rompió el cuello en una partida de caza, le cuidó con una ternura que ardía constantemente como una vela protegida por una mano transparente. La madre nunca admitió, incluso para sí misma, que no era el más inteligente de los hombres; pero necesitó de toda su propia inteligencia, que era bastante mayor que la de él, para mantener esta apariencia. Afortunadamente el muchacho no era rebelde, así que nunca se casaría con una actriz o una institutriz, como dos o tres de los jóvenes que habían estudiado con él en Eton. Sin tener que angustiarse por este motivo, lady Demesne había esperado con aire de confianza su promoción a algún alto cargo. Sir Arthur representaba en el parlamento el talante conservador y el voto de una pequeña ciudad burguesa de tejados rojos y encargaba regularmente a su librero todas las nuevas publicaciones sobre temas económicos, porque había decidido que su actitud política tendría una firme base estadística. No era engreído; tan sólo estaba mal informado. Mal informado, quiero decir, sobre sí mismo. Se creía indispensable para el buen orden de las cosas, no como individuo, pero sí como institución. Esta convicción, sin embargo, era demasiado sagrada para él como para traicionarla con presunciones vulgares. Si bien era poca cosa ocupando un gran lugar, nunca se pavoneaba ni hablaba demasiado alto; tomaba meramente como una especie de lujo el hecho de pertenecer a un gran círculo social. Era como dormir en una cama grande; uno no se revolvió más, pero sentía una mayor holgura.

No había conocido nunca a alguien como la señora Headway; casi no sabía con qué criterio juzgarla. No era como una dama inglesa, por lo menos no como aquellas con quienes había estado acostumbrado a conversar; y sin embargo era imposible no darse cuenta de que era una mujer con criterio propio. Sospechaba que era más bien provinciana, pero como se hallaba totalmente bajo su encanto, transigió en este aspecto, diciéndose que era solamente extranjera. Era cierto, desde luego, que resultaba provinciano ser extranjero; pero ello era, después de todo, una peculiaridad que la dama compartía con un gran número de gentes de la alta sociedad. Si bien no era rebelde, y su madre se había alegrado pensando que en este asunto tan importante no se mostraría obstinado, resultaba, de todos modos, muy inesperado que hubiera tomado cariño a una viuda americana, cinco años mayor que él, que no conocía a nadie y que a veces no parecía entender exactamente la posición de sir Arthur. Aunque él mismo lo desaprobaba, era precisamente su cualidad de extranjera lo que le complacía: la señora Headway parecía pertenecer a una raza y un credo apenas parecidos a los suyos, no había ni un toque de Warwickshire en su talante. Como si fuera húngara o polaca, con la diferencia de que casi podía entender su idioma. El desdichado joven estaba fascinado, aunque todavía no había admitido que estaba enamorado. Con respecto a este asunto iba a ser lento y ponderado porque era profundamente consciente de su importancia. Era un joven que había organizado su vida; había determinado casarse a los treinta y dos años; se sentía observado

por una larga línea de antepasados; no sabía qué pensarían de la señora Headway, apenas sabía lo que pensaba él mismo; la única cosa que tenía absolutamente clara era que ella hacía que el tiempo pasara como no pasaba en ninguna otra ocupación. Ello le intranquilizaba vagamente: no tenía nada claro que el tiempo debiera pasar de esa manera. No dejaba ninguna constancia de su paso aparte de algunos fragmentos de la conversación de la señora Headway, la peculiaridad de su acento, las ocurrencias de su buen humor, la audacia de su imaginación, las referencias misteriosas a su pasado. Claro que sabía que tenía un pasado: no era joven, era viuda, y las viudas son, en esencia, la expresión de un hecho consumado. No estaba celoso de sus antecedentes, pero quería entenderlos, y era aquí donde se presentaban las mayores dificultades. El tema se iluminaba con destellos esporádicos, pero nunca se le había presentado como un cuadro general. Le había hecho un buen número de preguntas, pero sus respuestas habían sido tan asombrosas que, como repentinos puntos luminosos, parecían intensificar la oscuridad a su alrededor. Aparentemente había usado su vida en una provincia inferior de un país inferior; pero aquello no implicaba que ella fuera de baja procedencia. Había sido un lirio entre cardos y había algo romántico en el hecho de que un hombre de su posición se interesara por una mujer semejante. A sir Arthur le resultaba gratificante creerse romántico; éste había sido el caso de algunos de sus antepasados que habían sentado un precedente, sin el cual, quizás, no hubiera osado fiarse de sí mismo. Era víctima de perplejidades de las que una sola chispa de percepción directa le habría salvado. Lo tomaba todo en su sentido literal; no tenía ni una pizca de humor. Se quedaba en su sitio esperando vagamente que algo pasara, sin comprometerse en declaraciones temerarias: si estaba enamorado, lo estaba a su manera, pensativamente, inexpresivamente, obstinadamente. Estaba esperando la respuesta que justificaría su conducta y las peculiaridades de la señora Headway. Apenas sabía de dónde vendría; se podría pensar, por su conducta, que lo descubriría en una de las elaboradas *entrées* que eran ofrecidos a la pareja cuando la señora Headway consintió en cenar con él en Bignon o en el Café Anglais; o en una de las numerosas sombrereras que llegaban de la Rue de la Paix, y de las cuales la dama a menudo levantaba la tapa en presencia de su admirador. Había momentos en que se cansaba de esperar en vano, y en aquellos momentos la llegada de sus amigos americanos (se preguntaba a menudo por qué tenía tan pocos), parecía levantar el misterio de sus hombros y darle la oportunidad de descansar. La respuesta que él esperaba era algo que ella misma todavía no podía proporcionarle, porque no era consciente de cuánto terreno se esperaba que abarcara. Hablaba de su pasado, porque creía que era mejor hacerlo; tenía la perspicaz convicción de que era mejor hacer buen uso de él que tratar de borrarlo. Borrarlo era imposible, aunque fuera lo que habría preferido. No tenía inconveniente en contar mentirijillas, pero ahora que estaba tomando un nuevo rumbo, quería contar sólo las que fueran necesarias. Habría estado encantada si hubiera sido posible no contar ninguna. Unas pocas, sin embargo, eran indispensables, y no hace falta que intentemos estimar más de cerca las ingeniosas componendas de los hechos con los cuales entretenía y desorientaba a sir Arthur. Ella sabía, claro está, que como producto de los círculos de moda no daba la talla, pero que, como hija de la naturaleza, podía conseguir grandes éxitos.

IV

Rupert Waterville, en medio de aquellas relaciones, a propósito de las cuales quizás todos tenían ciertas reservas mentales, nunca olvidó que se hallaba en una posición representativa, que tenía una responsabilidad oficial; y se preguntó más de una vez hasta qué punto se podía permitir tolerar las pretensiones de la señora Headway de presentarse como una dama americana, representativa, incluso, del más nuevo estilo. A su manera, se encontraba tan perplejo como el pobre sir Arthur, y, de hecho, se alegraba de ser tan quisquilloso como pudiera ser cualquier inglés. «Supón que tras esta relación sin compromiso, la señora Headway viniera a Londres y dijera, en la Legación, que quería ser presentada a la reina.» Sería tan difícil negárselo, (era evidente que tendrían que negárselo), que ponía mucho cuidado en no comprometerse tácitamente. La señora Headway podría entender cualquier cosa como una promesa tácita, él sabía muy bien que el más mínimo gesto de los diplomáticos era estudiado e interpretado. Intentaba, por lo tanto, ser realmente diplomático en sus relaciones con aquella atractiva pero peligrosa mujer. Solían cenar juntos los cuatro, sir Arthur hacía gala de su confianza hasta este punto, y en estas ocasiones la señora Headway, valiéndose de uno de los privilegios de las damas, incluso en el restaurante más caro, solía limpiar su vaso con la servilleta. Una noche, cuando, tras haber pulido una copa, la inspeccionaba bajo la luz, con la cabeza ladeada, provocando el leve indicio de un guiño, se dijo a sí mismo mientras la miraba que parecía una bacante moderna. En aquel momento se dio cuenta de que el baronet también la miraba fascinado, y se preguntó si se le habría ocurrido la misma idea. A menudo se preguntaba qué pensaba el baronet; se había planteado gran cantidad de conjeturas respecto a él. En aquel

momento, Littlemore era el único que no estaba observando a la señora Headway; nunca parecía observarla, aunque la dama sí le observaba a él a menudo. Waterville se preguntaba, entre otras cosas por qué sir Arthur no había traído otros amigos a visitarla. Ya que París, durante las varias semanas que ya habían transcurrido, abundaba en visitantes ingleses. Se preguntaba si realmente la señora Headway se lo había pedido y él se había negado; le habría gustado mucho saber si se lo había pedido. Expuso su curiosidad a Littlemore, quien, sin embargo, mostró muy poco interés por el tema. Dijo, no obstante, que no dudaba de que se lo hubiera pedido; ella nunca se había desalentado por una falsa delicadeza.

-Pues contigo ha estado muy delicada -replicó Waterville-. No te ha pedido nada últimamente.

-Solamente me ha dejado por inútil. Me tiene por un bruto.

-Me pregunto qué debe pensar de mí -dijo Waterville, pensativamente.

-Ah, cuenta contigo para que le presentes al ministro. Tienes suerte de que nuestro representante no esté aquí.

-Bueno -replicó Waterville-, el ministro ha resuelto dos o tres asuntos difíciles, y supongo que podría resolver éste. No haré nada sino es por orden de mi jefe. -Le gustaba mucho hablar de su jefe.

-Me hace una injusticia -añadió Littlemore después de un momento-, he hablado con varias personas sobre ella.

-Sí, ¿pero qué les has dicho?

-Que vive en el Hotel Meurice y que quiere conocer gente agradable.

-Supongo que se sentirán halagados por el hecho de que tú les consideres gente agradable, pero no van a verla -dijo Waterville.

-Hablé de ella con la señora Bagshaw, y la señora Bagshaw ha prometido que irá.

-Vaya -murmuró Waterville- ¿Y considera agradable a la señora Bagshaw? La señora Headway no la recibirá.

-Eso es exactamente lo que quiere: ¡poder excluir a alguien!

Waterville tenía la teoría de que sir Arthur se reservaba a la señora Headway como una sorpresa, quizás con la intención de mostrarla durante la próxima temporada de Londres. Por el momento, sin embargo, Waterville se informaba de todo lo que podría haber deseado saber sobre ella. Una vez se había ofrecido a acompañar a su bella compatriota al museo del palacio del Luxemburgo y hablarle un poco sobre la escuela francesa moderna. La señora Headway no había visto aún esta colección, a pesar de su determinación por ver todo lo importante (llevaba su *Murray* en el regazo incluso cuando fue a ver al famoso sastre de la Rue de la Paix, a quien, como ella dijo, había dado una infinidad de consejos); normalmente iba a tales sitios con sir Arthur, pero sir Arthur se mostraba indiferente ante los pintores franceses modernos.

-Dice que los hay mucho mejores en Inglaterra. Que espere a ver la Real Academia, el año que viene. Parece pensar que todo puede esperar. Pero yo no me avengo a la espera tanto como él. Yo no puedo permitirme el lujo de esperar, ya he esperado bastante.

Así fue como se expresó la señora Headway en ocasión de concertar un día para visitar el Luxemburgo junto a Rupert Waterville. Aludió al inglés como si fuera su marido o su hermano, su protector y compañero natural. «Me pregunto si se dará cuenta del efecto que causa lo que dice -consideraba Waterville-. No creo que lo dijera si supiera como suena en realidad. -Y siguió añadiendo mentalmente-: Parece ser que cuando se llega de San Diego hay un sinfín de cosas que uno tiene que aprender. Hacen falta muchas cosas para que una mujer resulte correcta.»

Inteligente como era, la señora Headway tenía razón en decir que no podía permitirse el lujo de esperar. Tenía que aprender de prisa. Por ello, fue ella quien escribió a Waterville un día, para proponerle visitar el museo al día siguiente; la madre de sir Arthur estaba en París, camino de Cannes, donde iba a pasar el invierno. Estaba solamente de paso, pero se quedaría tres días y sir Arthur, naturalmente, se dedicaría a su madre. Parecía tener ideas muy claras sobre lo que un caballero debía hacer por su madre. Ella, por lo tanto, estaría libre, y concretó la hora a la que esperaba que Waterville pasara a buscarla. Waterville llegó puntual a la cita, y pronto cruzaron el río en el amplio y alto carruaje descapotable con el que la señora Headway se desplazaba constantemente por París. Con el señor Max sentado en el pescante (el mensajero estaba ornamentado con unos enormes bigotes), el vehículo adquiría una apariencia de gran respetabilidad, aunque sir Arthur aseguraba, y ella lo repetía a sus otros amigos, que en Londres, el año próximo, resolverían este tema de otra manera, mucho mejor para ella. Evidentemente sus otros amigos pensaban que el baronet estaba dispuesto a ser realmente consecuente, y ello era lo que, por lo general, Waterville habría esperado de él. Littlemore observó solamente que en San Diego la señora Headway conducía por sí misma una calesa raquítica, con las ruedas embarradas, y a menudo tirada por un mulo. Waterville sentía una gran emoción al preguntarse si la madre del baronet consentiría ahora en conocerla. Evidentemente, seguro que era consciente de que se trataba de una mujer capaz de retener a su hijo en París en una época en que los caballeros ingleses se hallaban normalmente atareados cazando perdices.

-Se aloja en el Hôtel du Rhin, y le he hecho notar que no debería dejarla mientras se encuentre en París -dijo la señora Headway, a medida que iban siguiendo la estrecha Rue de Seine-. Su nombre es lady Demesne, pero su título completo es el de honorable lady Demesne, porque es hija de un barón. Su padre era banquero, pero hizo no sé qué por el Gobierno, los conservadores, ya sabe, y fue elevado a la nobleza. ¡Ve como sí que se puede ascender! Viaja acompañada de otra dama.

La acompañante de Waterville impartió esta información con tal seriedad que le hizo sonreír. Se preguntaba si la señora Headway creía que él no sabía cómo hay que dirigirse a la hija de un barón. En estas cosas era muy provinciana; tenía la costumbre de exagerar el valor de sus adquisiciones intelectuales y de dar por sentado que los demás habían sido tan ignorantes como ella. Se dio cuenta también de que había acabado por suprimir del todo el nombre del pobre sir Arthur, denominándole sólo por el tipo de pronombre conyugal. Había estado casada tantas veces y con tanta facilidad que tenía el hábito de referirse a las caballeros de esta engañosa manera.

V

Fueron pasando por las salas del Luxemburgo. Y, aparte que lo miró todo una vez y nada el tiempo suficiente, que hablaba, como siempre, un poco demasiado alto, y que dedicó demasiado tiempo a las malas copias que se estaban haciendo de algunos cuadros sin relevancia, la señora Headway fue una compañera muy agradable y una agradecida receptora de conocimientos. Lo captaba todo rápidamente, y Waterville estaba seguro de que antes de salir del museo ya había aprendido algo sobre la escuela francesa. Estaba bien preparada para compabar críticamente lo que había visto con las exposiciones que vería en Londres, al año siguiente. Como Littlemore y él mismo habían observado en más de una ocasión, la dama era una mezcla muy poco común. Su conversación, su personalidad, se hallaban repletas de pequeñas junturas y costuras, todas ellas muy visibles, por lo que se unían lo viejo y lo nuevo. Cuando hubieron pasado por las distintas salas del palacio, la señora Headway propuso que, en vez de volver directamente, dieran un paseo por los jardines contiguos, pues tenía grandes deseos de verlos y estaba segura de que le gustarían. Había captado rápidamente la diferencia entre el viejo París y el nuevo, y sentía la fuerza de las evocaciones románticas del Barrio Latino como si hubiera disfrutado de todos los beneficios de la cultura moderna. El sol del otoño calentaba los senderos y terrazas del Luxemburgo, la masa de follaje sobre sus cabezas, recortada y cuadrículada, oxidada por manchas rojizas, proyectaba un grueso encaje por todo el cielo blanco, veteado del más pálido azul. Los arriates de flores próximos al palacio eran del más intenso amarillo y el rojo más vivo, y la luz del sol descansaba en las lisas y grises paredes del ala sur del sótano, ante las cuales, en los largos bancos verdes, una hilera de niñeras de mejillas tostadas con cofias y delantales blancos, se hallaban sentadas ofreciendo nutrición a igual número de bultos envueltos en paño blanco. Había también otras gorras blancas deambulando por los anchos caminos atendidas por pequeños y bronceados niños franceses; las silletas de paja estaban recogidas y apiladas en algunos sitios y diseminadas en otros. Una vieja dama de negro, con el pelo blanco sujeto sobre cada una de las sienes por una gran peineta negra, estaba sentada al borde de una banco de piedra (demasiado alto para su delicado tamaño), sin moverse, mirando fijamente hacia adelante y agarrando una gran llave; debajo de un árbol un sacerdote estaba leyendo, podía verse desde lejos como movía los labios; un joven soldado, enano y patirrojo, se paseaba con las manos en los bolsillos, que estaban ya muy distendidos. Waterville se sentó con la señora Headway en las sillas con el asiento de paja, y al poco tiempo ella dijo:

-Me gusta esto; es mejor incluso que las pinturas del museo. Es más pictórico.

-Todo en Francia es pictórico, incluso lo feo -replicó Waterville-. Todo sirve de tema.

-¡Pues, a mí me gusta Francia! -prosiguió la señora Headway, con un pequeño suspiro fuera de lugar. Luego, de repente, siguiendo un impulso aún más fuera de lugar que su suspiro, añadió:- Me pidió que fuera a verla, pero le dije que no lo haría. Puede venir a verme si quiere.

Lo dijo tan abruptamente que Waterville se sintió un poco confuso; pero rápidamente se dio cuenta de que había vuelto, por un atajo, a sir Arthur y a su honorable madre. A Waterville le gustaba estar al corriente de los asuntos de los demás, pero no le gustaba que le imputasen ese gusto; así pues, aunque sentía curiosidad por ver cómo trataría la vieja dama, como él la llamaba, a su compañera, estaba un poco disgustado con esta última por mostrarse tan confidencial. Nunca había imaginado intimar tanto con ella. La señora Headway, sin embargo, tenía la costumbre de dar por concedida tal intimidad, costumbre que, a la madre de sir Arthur como mínimo, era seguro que no le gustaría. Fingía querer saber algo sobre lo que estaba hablando, pero casi no daba explicaciones. Continuaba, sin más, su conversación saltando de un tema a otro sin transición.

-Lo mínimo que puede hacer es venir a verme. He sido muy amable con su hijo. Y eso no es razón para que yo la visite, sino para que ella me visite a mí. Además, si no le gusta lo que he hecho, me puede dejar en paz. Quiero entrar en la alta sociedad europea, pero quiero entrar a mi manera. No quiero correr detrás de la gente; quiero que ellos corran detrás de mí. Supongo que lo harán... ¡algún día!

Waterville la escuchaba con los ojos fijos en el suelo: sintió que se ruborizaba un poco. Había algo en la señora Headway que le escandalizaba y le mortificaba; realmente, Littlemore tenía razón cuando había dicho que la dama tenía una deficiencia de matices. Era terriblemente clara; sus motivos, sus impulsos, sus deseos eran absolutamente obvios. Necesitaba ver, oír, sus propios pensamientos. Pensamiento vehemente, para la señora Headway, significaba inevitablemente habla, aunque habla no era siempre pensamiento. Y ahora, de repente, se mostraba vehemente.

-Si finalmente viene a verme, entonces, seré absolutamente correcta con ella; ¡No pienso perderla! Pero ella tiene que dar el primer paso. Confieso que espero que sea agradable.

-Quizá no lo sea -dijo Waterville perversamente.

-Pues, si no lo es, tanto da. Su hijo no me ha contado nada sobre ella; ni una palabra sobre ninguna de sus pertenencias. Se diría que se avergüenza de ellas.

-No creo que sea eso.

-Ya sé que no lo es. Y sé lo que es, en realidad. Es solamente modestia. No le gusta jactarse, no sería propio de un caballero. No me quiere deslumbrar, quiere gustarme por sí mismo. Bueno, a mí me gusta -añadió brevemente-. Pero me gustará aún más si trae a su madre. Quiero que se sepa en América.

-¿Cree que eso impresionará a alguien, en América? -preguntó Waterville sonriendo.

-Demostrará que me visita la aristocracia inglesa. No creo que les guste.

-No creo que vean con malos ojos sus placeres inocentes -murmuró Waterville, todavía sonriendo.

-¡Cuando estuve en Nueva York apenas me concedieron de mala gana la cortesía más elemental! ¿Alguna vez ha oído cómo me trataron, cuando dejé ver que era del Oeste?

Waterville se quedó mirando fijamente a la señora Headway; este episodio le era totalmente nuevo. Su compañera se había girado hacia él; con su linda cabeza echada hacia atrás como una flor al viento; había rubor en sus mejillas y una luz más aguda en su mirada.

-¡Mis queridos neoyorquinos, son incapaces de ser descorteses! -exclamó el joven.

-Ya veo que es uno de ellos. Pero no me refería a los hombres. Los hombres no se portaron mal, aunque lo admitieron.

-¿Admitieron qué, señora Headway? -Waterville estaba totalmente *in albis*.

La dama no contestó de inmediato; sus ojos centellearon levemente, centrados en imágenes ausentes.

-¿Qué oyó sobre mí por allí? ¿No me dirá que no oyó nada?

No había oído absolutamente nada; no se había mencionado ni una sola palabra sobre la señora Headway, en Nueva York. No podía fingir y se vio obligado a decírselo.

-De todas maneras yo he estado fuera -añadió-, y en América no salía mucho. No hay muchas razones para salir en Nueva York, sólo niñitos y niñitas.

-¡Hay muchas viejas! Ellas decidieron que yo no era apropiada. Se me conoce bien en el Oeste, se me conoce desde Chicago hasta San Francisco, si no personalmente en todos los casos, por lo menos por reputación. La gente de allí le puede contar. Pero en Nueva York decidieron que yo no daba la talla. ¡No daba la talla para Nueva York! ¿Qué le parece? -Y soltó una dulce risita. Si había luchado con su orgullo antes de llevar a cabo semejante confesión, Waterville nunca lo supo. La crudeza de la confesión parecía indicar que la dama no tenía orgullo, y, sin embargo, había un lugar en su corazón que, como ahora percibió Waterville, estaba intensamente dolorido y que de repente había empezado a estremecerse-. Arrendé una casa para el invierno, una de las más bellas del lugar, pero estuve allí completamente sola. No me consideraban apropiada. ¡Tal como me ve aquí, no tuve éxito! Le digo la verdad, me cueste lo que me cueste. ¡Ni una mujer decente vino a visitarme!

Waterville estaba desconcertado; diplomático por naturaleza, casi no sabía qué actitud adoptar. No acababa de entender por qué la señora Headway había sentido la necesidad de contarle la verdad, aunque el incidente parecía ser bastante curioso, y se alegraba de haber conocido los hechos de primera mano. Era la primera noticia que tenía de que esta mujer singular había pasado un invierno en su ciudad natal, lo cual probaba prácticamente que había llegado y vuelto a partir sin enterarse de nada. Era inútil que Waterville pretendiera haber estado mucho tiempo fuera, porque le habían asignado su destino en Londres hacía sólo seis meses, y el fracaso social de la señora Headway había precedido a ese acontecimiento. En medio de estos pensamientos tuvo una inspiración. No trató de explicar, de minimizar, ni de disculparse; se aventuró sencillamente a poner su

mano por un instante encima de la de ella y explicar, lo más tiernamente posible:

-¡Ojalá yo hubiera sabido que estaba allí!

-Había bastantes hombres, pero los hombres no cuentan. Si no son una ayuda positiva, son un estorbo, y cuantos más tienes, peor pareces. Las mujeres, sencillamente, te dan la espalda.

-Tenían miedo de usted, estaban celosas -dijo Waterville.

-Es muy amable por su parte, tratar de explicarlo pero todo lo que sé es que ni una de ellas cruzó mi umbral. No vale la pena que trate de suavizarlo; sé perfectamente cuál es la cuestión. ¡En Nueva York, por favor, fracasé!

-¡Tanto peor para Nueva York! -exclamó Waterville, quien, como confesó después a Littlemore, se había excitado bastante.

-¿Entiende ahora por qué quiero entrar en la alta sociedad de aquí? Se levantó de un salto y se puso en pie delante de él; con una sonrisa seca y dura bajó los ojos hacia él. Su misma sonrisa era la respuesta a su pregunta; expresaba un deseo urgente de venganza. Había tal brusquedad en sus movimientos que dejó a Waterville sin palabra; pero como se mantuvo allí, devolviéndole la mirada, sintió que por fin, a la luz de esa sonrisa, del destello de esa casi feroz pregunta, comprendía a la señora Headway.

Se dio la vuelta, para dirigirse hacia la puerta del jardín, y él se fue con ella, riendo vagamente, inquietamente, a su trágica manera. Evidentemente, la señora Headway esperaba que Waterville le ayudara en su venganza; pero sus parientes femeninos, su madre y sus hermanas, sus innumerables primas, habían tomado parte en el desaire que la dama había sufrido y, mientras caminaba, llegó a la conclusión de que, al fin y al cabo, habían tenido razón. Habían tenido razón en no frecuentar a una mujer que era capaz de hablar sobre sus problemas sociales; tanto si la señora Headway era respetable como si no, su intuición había sido correcta, porque, de todos modos, era vulgar. La alta sociedad europea quizá le dejara entrar, pero en ese caso la alta sociedad se equivocaría. Nueva York, se dijo Waterville con un grato sentimiento de orgullo cívico, era perfectamente capaz de poner, respecto a tal asunto, un listón más alto que Londres.

Caminaron un cierto trecho sin hablar; finalmente Waterville dijo, expresando honestamente lo que ocupaba el primer lugar en su pensamiento:

-Odio la frase «entrar en la alta sociedad». Creo que uno no debiera atribuirse ese tipo de ambición. Uno debería dar por sentado que forma parte de la alta sociedad, que pertenece a la alta sociedad, y mantener que, si tiene buenos modales, tiene, desde el punto de vista social, logrado el objetivo primordial: la mayor aprobación por parte de los demás.

Por un momento ella pareció no entender, luego irrumpió:

-¡Bueno, supongo que no tengo buenos modales; por lo menos no estoy satisfecha! Es evidente que no hablo correctamente, lo sé muy bien. Pero primero déjeme llegar a donde quiero estar, luego cuidaré mis expresiones. Si consigo llegar a donde quiero, seré perfecta -exclamó con un temblor apasionado. Llegaron a la puerta del jardín y se pararon un momento fuera, frente al pequeño arco del Odeón, rodeado de quioscos de libros a los que Waterville echó una mirada un poco anhelante, esperando el carruaje de la señora Headway, que esperaba a corta distancia. El bigotudo Max se había sentado dentro y se había quedado medio dormido sobre los gruesos y mullidos cojines. El carruaje se puso en marcha sin que se despertase; no volvió en sí hasta que paró otra vez. Se sobresaltó, miró fijamente, luego, sin desconcierto, procedió a descender.

-Lo aprendí en Italia, lo llaman la siesta -observó sonriendo, amablemente, mientras mantenía la puerta abierta para la señora Headway.

-¡Ya veo que lo aprendió! -replicó la señora Headway, riendo amistosamente mientras subía al vehículo adonde Waterville la siguió. No le sorprendió darse cuenta de que la dama trataba con familiaridad a su mensajero, por naturaleza tenía que tratar con familiaridad a su mensajero. «Pero el *savoir faire* empieza en casa», se dijo Waterville, y el incidente echó una luz irónica sobre el deseo de la dama de entrar en la alta sociedad. No consiguió, sin embargo, desviar sus pensamientos del tema del que estaba hablando con Waterville, porque mientras Max subía al pescante y el carruaje seguía su camino, lanzó otra pequeña nota de desafío:

-Si llevo a hacerme un lugar aquí, ¡me reiré de Nueva York! ¡Ya verá la cara que pondrán esas mujeres!

Waterville estaba seguro de que su madre y sus hermanas no pondrían ninguna cara pero mientras el carruaje rodaba camino de vuelta al Hotel Meurice volvió a sentir que ahora podía entender a la señora Headway. En el momento en que se disponían a entrar al patio del hotel, un carruaje cerrado pasó ante ellos, y cuando, pocos minutos más tarde, ayudaba a su compañera a bajar, vio que sir Arthur Demesne había descendido del otro vehículo. Sir Arthur percibió a la señora Headway e instáneamente ofreció su mano a una dama sentada dentro

del *coupé*, y que emergió con impresionante parsimonia, y se mantuvo de pie ante la puerta del hotel. Era una dama todavía joven y bella, de cierta altura, apacible, tranquila, vestida de manera sencilla, pero definitivamente imponente. Waterville vio que el baronet había traído a su madre a visitar a Nancy Beck. Era el primer triunfo de la señora Headway: la viuda de lord Demesne había dado el primer paso. Waterville se preguntó si a las damas de Nueva York, informadas por alguna onda magnética, se les estaría deformando el rostro. La señora Headway, haciéndose cargo inmediatamente de la importancia del momento, no fue ni demasiado pronta en apropiarse de la visita, ni demasiado lenta en reconocerla. Tan sólo se paró, sonriendo a sir Arthur.

-Me gustaría presentarle a mi madre, tiene muchas ganas de conocerla. -Sir Arthur se acercó a la señora Headway, la dama le había tomado el brazo. Resultaba a la vez sencilla y circunspecta; tenía todos los recursos de una matrona inglesa.

La señora Headway, sin adelantarse un paso, extendió sus manos como para atraer a su visitante más de prisa.

-¡Vaya! Es usted demasiado amable -le oyó decir Waterville.

Ya se giraba, puesto que su cometido había terminado; pero el joven inglés, quién había entregado a su madre a lo que ahora podría calificarse como abrazo de su anfitriona, le detuvo con un gesto amistoso.

-Sin duda, no volveremos a vernos. Me voy.

-Adiós, entonces -dijo Waterville.- ¿Vuelve a Inglaterra?

-No. Voy a Cannes con mi madre.

-¿Se quedará en Cannes?

-Hasta Navidad, seguramente.

Las damas, acompañadas por el señor Max, habían pasado al hotel, y Waterville se despidió de su interlocutor al cabo de poco. Sonrió mientras se alejaba reflexionando que si sir Arthur había obtenido una concesión por parte de su madre había sido sólo a cambio de otra concesión.

A la mañana siguiente fue a ver a Littlemore, de quien tenía una invitación permanente para desayunar, y quien, como siempre, estaba fumando un cigarrillo y hojeando una docena de periódicos. Littlemore tenía un apartamento grande y un cocinero experto. Se levantaba tarde y se paseaba por su habitación durante toda la mañana deteniéndose de vez en cuando para mirar por las ventanas que se asomaban a la Place de la Madeleine. No llevaban muchos minutos sentados ante el desayuno cuando Waterville le anunció que sir Arthur estaba a punto de marchar a Cannes dejando abandonada a la señora Headway.

-No me anuncias nada nuevo -dijo Littlemore.- Vino ayer por la noche para despedirse de mí.

-¿Despedirse de ti? De pronto se ha vuelto muy cortés.

-No vino por cortesía, vino por curiosidad. El hecho de haber cenado alguna vez aquí, le proporcionaba un pretexto para pasar.

-Espero que su curiosidad quedara satisfecha -comentó Waterville, en un tono que demostraba su interés por satisfacer su propia curiosidad.

Littlemore vaciló.

-Bueno, imagino que no mucho. Se quedó aquí sentado durante algún tiempo, pero hablamos de todo menos de lo que quería saber.

-¿Y qué quería saber?

-Si yo sabía algo en contra de Nancy Beck.

Waterville se quedó asombrado.

-¿La llamó Nancy Beck?

-Ni la mencionamos; pero me di cuenta de lo que esperaba y lo que esperaba era que yo condujera la conversación hacia ella, sólo que yo me negué a hacerlo.

-¡Ah, pobre hombre! -murmuró Waterville.

-No veo ningún motivo para compadecerle -dijo Littlemore-. Los admiradores de la señora Beck nunca han necesitado que se les compadezca.

-Bueno, es evidente que quiere casarse con ella.

-Pues deja que lo haga. Yo no tengo nada que decir al respecto.

-Quizás él tema que haya algo en su pasado que sea difícil de pasar por alto.

-Entonces deja que lo evite.

-¿Pero cómo va a poder estando enamorado de ella? -preguntó Waterville en el tono de quien se encuentra también en la misma situación.

-Mi querido amigo, va a tener que solucionarlo él solo. De todos modos, no tiene ningún derecho a

preguntarme semejante cosa a mí. Hubo un momento, justo cuando se disponía a marcharse, en que lo tuvo en el extremo de la lengua. Se quedó de pie junto a la puerta, no podía marcharse, lo iba a soltar. Me miró muy seriamente, y yo le miré muy seriamente a él; nos mantuvimos así durante casi un minuto. Luego decidió morderse la lengua y se marchó.

Waterville escuchó esta pequeña disertación con un intenso interés.

-¿Y si te hubiera preguntado, qué le habrías dicho?

-¿Qué crees tú?

-Bueno, supongo que habrías dicho que su pregunta no era justa.

-Eso habría sido equivalente a admitir lo peor.

-Sí -repuso Waterville pensativamente-; no podías decirle eso. Por otra parte, si te hubiera preguntado por tu honor si era una mujer correcta para casarse, habría resultado muy embarazoso.

-Bastante embarazoso. Afortunadamente, no es asunto suyo poner mi honor como garantía. Además, el tipo de relación que hemos tenido no le da ningún derecho a preguntarme nada sobre la señora Headway. Siendo muy amiga mía, no puede pretender que yo le dé información confidencial sobre ella.

-De todos modos, tú no crees que sea una mujer para casarse -afirmó Waterville-. Y si un hombre te lo preguntase, le podrías derrumbar de un golpe, pero eso no sería una respuesta.

-Tendría que servir -dijo Littlemore. Añadió al momento-: Existen ciertos momentos en que el deber de un hombre es perjurarse.

Waterville tenía un aspecto grave.

-¿Ciertos momentos?

-Aquellos en que el honor de una mujer está en juego.

-Ya veo lo que quieres decir. Pero eso sería si él mismo se hallaba involucrado.

-El mismo u otro. No importa.

-A mí sí que me parece que importa. No me gusta el perjurio -dijo Waterville-. Es un asunto delicado.

La llegada del sirviente con el segundo plato interrumpió la conversación y Littlemore soltó una carcajada mientras se servía.

-Sería como una broma, verla casada con ese ser superior.

-Sería una gran responsabilidad.

-Responsabilidad o no, sería muy divertido.

-¿Tienes intención de ayudarla, entonces?

-¡Que el cielo me ampare! Pero tengo la intención de apostar por ella.

-Waterville le miró severamente, le encontraba extrañamente superficial. La situación, sin embargo, era difícil, y posó su tenedor sobre la mesa con un pequeño suspiro.

Segunda parte

VI

Las vacaciones de Semana Santa de aquel año fueron inusualmente agradables; un sol algo tibio y aguado colaboró al progreso de la primavera. Los altos y densos setos de Warwickshire eran como muros de arce empotrados en los macizos de primaveras, y los árboles más nobles de Inglaterra que emergían de ellos con una regularidad que sugería la existencia de unos principios conservadores, empezaron a cubrirse de una especie de pelusilla verde. Rupert Waterville, siempre atento a sus deberes y asistiendo fielmente a la Legación, había tenido poco tiempo para disfrutar de esa hospitalidad rural que es la gran invención del pueblo inglés y la más perfecta expresión de su carácter. Le habían invitado de cuando en cuando, porque en Londres había sido recomendado a mucha gente como un joven muy sensato, pero no tuvo más remedio que declinar más invitaciones de las que pudo aceptar. Por ese motivo, le resultaba aún bastante novedoso hospedarse en una de esas nobles y antiguas casas, rodeadas de acres hereditarios y en las que había pensado con tanta curiosidad y envidia desde el primer momento en que llegó a Inglaterra. Se propuso a sí mismo visitar tantas de ellas como le fuera posible, pero no le gustaba hacer las cosas con prisas, o cuando tenía la mente ocupada, tanto como la pudiera tener, con lo que creía que eran asuntos de importancia. Mantenía las casas del campo en reserva; les dedicaría su tiempo y en su debido momento, tras haberse acostumbrado un poco más a Londres. Sin ningún género de duda, sin embargo, había aceptado la invitación para ir a Longlands. Le había llegado en una nota

sencilla y familiar, de lady Demesne, a quien aún no había sido presentado. Sabía de su regreso de Cannes, donde había pasado todo el invierno, porque lo había leído en un periódico dominical; sin embargo le causó cierta sorpresa recibir una carta suya expresada en términos tan informales.

«Querido Sr. Waterville -había escrito la dama- he sabido por mi hijo que quizás Vd. podría venir a visitarnos el día 17 para pasar dos o tres días. Si puede, nos complacería mucho. Le podemos prometer la compañía de su encantadora compatriota, la Sra. Headway.»

Había visto a la señora Headway; le había escrito una semana antes desde un hotel de la calle Cork, para decirle que había llegado a Londres para la temporada y que estaría muy contenta de verle. Waterville había ido a verla algo vacilante ya que temía que ella sacara a relucir el tema de su presentación; pero le sorprendió agradablemente observar que no tocaba ese tema. Había pasado el invierno en Roma, viajando directamente desde esta ciudad a Londres, con sólo una pequeña parada en París, para comprar algo de ropa. Roma, ciudad en la que había hecho muchos amigos, le había gustado mucho. Le aseguraba que conocía a la mitad de la nobleza romana.

-Son una gente encantadora; sólo tienen un defecto, se quedan demasiado tiempo -dijo ella. Y, en respuesta a su mirada inquisitiva, continuó:- Me refiero a cuando vienen a verte. Solían venir todas las tardes, y querían quedarse hasta el día siguiente. Eran todos príncipes y condes. Yo les solía ofrecer puros, etc. Conocí a tanta gente como quise -añadió, en un momento dado, descubriendo quizás en los ojos de Waterville algún rastro de la compasión con la cual seis meses antes había escuchado el relato de su desconcerto en Nueva York- Había muchos ingleses; conocí a todos los ingleses y tengo la intención de visitarles aquí. Los americanos esperaron a ver qué hacían los ingleses para luego hacer lo contrario. Gracias a eso me libré de algunos ejemplares increíbles. Hay algunos, ¿sabe?, que son horribles. Además, en Roma, pertenecer a la alta sociedad no es tan importante, si se es capaz de apreciar las ruinas y la Campagna; yo apreciaba muchísimo la Campagna. Siempre estaba paseando alrededor de algún húmedo templo antiguo medio transida de romanticismo. A excepción de los templos me recordaba bastante el paisaje de los alrededores de San Diego. Me gustaba repararlo todo, cuando iba conduciendo por allí; andaba siempre meditando tristemente sobre el pasado.

En este momento, sin embargo, la señora Headway había desechado el pasado; estaba preparada para entregarse enteramente al presente. Quería que Waterville le aconsejara dónde debería vivir. ¿Qué debería hacer? ¿Debería quedarse en el hotel o debería arrendar una casa? Ella suponía que debería arrendar una casa, si pudiese encontrar una que fuera bonita. Max quería buscar una, y ella no sabía cómo decirle que no; ¡le había encontrado una tan bonita en Roma! No dijo nada sobre sir Arthur Demesne, quien, Waterville suponía que debería de haber sido su guía e interlocutor natural. Se preguntó si su relación con el baronet había llegado a su fin. Waterville se había encontrado con él un par de veces desde la apertura del parlamento y habían intercambiado una veintena de palabras, sin referirse, sin embargo, en ninguna ocasión, a la señora Headway. Waterville había sido llamado a Londres poco después del incidente del que había sido testigo en el Hotel Meurice; y todo lo que sabía sobre sus consecuencias fue lo que le había explicado Littlemore, quien, camino de regreso a América, donde de repente, había averiguado que existían razones para pasar el invierno, se había detenido en la capital inglesa. Littlemore había contado que la señora Headway estaba encantada con lady Demesne y que no tenía palabras para expresar su amabilidad y consideración.

-Me dijo que le gustaba conocer a los amigos de su hijo, y yo le dije que me gustaba conocer a las madres de mis amigos, -había relatado la señora Headway-. Estaría dispuesta a ser mayor si pudiera serlo así -había añadido, inconsciente en aquel momento de que su edad distaba tanto de la de la madre como de la del hijo. La madre y el hijo, de todas maneras, se habían retirado juntos a Cannes y al tiempo que Littlemore había recibido las noticias de su familia que habían ocasionado su partida hacia Arizona. Por lo tanto la señora Headway había tenido que entretenerse por su propia cuenta y Waterville temía que se hubiera aburrido, a pesar de que finalmente la señora Bagshaw hubiera ido a visitarla. En noviembre, la señora Headway había visitado Italia, sin pasar por Cannes.

-¿Qué crees que haré en Roma? -había preguntado Waterville, fallándole la imaginación en este punto, ya que todavía no había pisado las siete colinas.

-No tengo la más mínima idea. ¡Y no me importa! -añadió rápidamente Littlemore. Antes de marcharse de Londres le había explicado a Waterville que la señora Headway, en ocasión de su visita para despedirse de ella en París, había lanzado otro y bastante inesperado ataque-. Sobre el tema de la alta sociedad. Me dijo que yo realmente debía hacer algo, que ella no podía continuar de aquella manera. Y me rogó en nombre de... creo que no sé muy bien cómo decirlo.

-Te agradecería mucho que lo intentases -dijo Waterville, quien se recordaba constantemente a sí mismo que

los americanos que se hallaban en Europa eran, a fin de cuentas, de alguna manera, para un hombre en su situación, como ovejas para un pastor.

-Bueno, en nombre del afecto que antaño habíamos abrigado el uno por el otro.

-¿El afecto?

-Así le gustó llamarlo. Pero yo lo niego totalmente. ¡Si uno tuviera que sentir afecto por todas las mujeres con quienes ha tenido costumbre de pasar la velada! -Y Littlemore se calló sin acabar de definir el resultado de tal obligación.

Waterville intentó imaginar cuál sería; mientras, su amigo embarcó para Nueva York sin contarle como, a fin de cuentas, había resistido el ataque de la señora Headway.

En Navidad, Waterville supo de la vuelta de sir Arthur a Inglaterra y creyó también saber que el baronet no había viajado a Roma. Tenía la teoría de que lady Demesne era una dama inteligente, lo suficientemente inteligente para conseguir que su hijo hiciera lo que ella prefería y a la vez hacerle creer que era él quien realizaba su propia elección. Había sido prudente, complaciente, en cuanto a lo de visitar a la señora Headway; pero, habiéndola visto y juzgado, había resuelto cortar la relación. Había sido amable y considerada, como había dicho la señora Headway, porque, por el momento, esto era lo más fácil; pero su primera visita había sido también la última. Había sido amable y considerada, pero su resolución era inamovible como una roca, y si la pobre señora Headway, llegando a Londres para la temporada, esperaba encontrar cumplida alguna de las vagas promesas, conocería la amargura de las esperanzas frustradas. Él había decidido que, siendo él el pastor, y la señora Headway una de sus ovejas, no era su deber actual correr tras ella, especialmente teniendo en cuenta que podía confiar en que no se extraviaría demasiado. La vio una segunda vez y ella siguió sin comentar nada sobre sir Arthur. Waterville, quien siempre tenía una teoría, se dijo a sí mismo que ella estaba esperando y que el baronet no había aparecido. También se estaba instalando en una casa; el mensajero le había encontrado en la calle Chesterfield, en Mayfair, una pequeña joya que le iba a costar lo que cuestan las joyas. Tras todas estas elucubraciones, a Waterville lo sorprendió la nota de lady Demesne, y se dirigió a Longlands con la misma impaciencia con la que, en París, habría ido si hubiera podido al estreno de una nueva comedia. Le parecía como si por un golpe repentino de buena fortuna hubiera recibido un *billet d'auteur*.

Le resultó agradable llegar a una casa solariega inglesa a la caída de la tarde. Le gustó el viaje desde la estación en el crepúsculo; la vista de los campos y los sotos y las casitas de campo, vagos y solitarios en contraste con su bien definida e iluminada meta; el sonido de las ruedas sobre la gravilla de la larga avenida que se curvaba y serpenteaba repetidamente hasta llevarle, finalmente, frente a la amplia fachada gris en cuyas dispersas ventanas brillaba una luz difusa y ante una extensión de gravilla aún más firme que llegaba hasta la puerta. La fachada de Longlands, aun con este aspecto sombrío, tenía un aire pomposo y grandilocuente y se atribuía al genio de sir Christopher Wren. Una serie de alas se extendía en forma de semicírculo y las estatuas se sucedían a intervalos en la cornisa, lo que en el anochecer halagüeño le hacía semejar un palacio italiano, levantado mediante alguna mágica invocación en medio de un parque inglés. Waterville había tomado el último tren y ello le dejó tan sólo veinte minutos para vestirse para la cena. Se esmeró considerablemente en el arte de vestirse bien y rápido a la vez; pero esta operación no le dejó tiempo para preguntar si el apartamento que le había sido designado correspondía a la dignidad de un secretario de la Legación. Al salir de su habitación se encontró con que había un embajador en la casa, y este descubrimiento supuso un freno para sus intranquilas reflexiones. Tácitamente dio por sentado que habría tenido una habitación mejor de no haber sido por la presencia del embajador, quien era, claro está, un huésped de importancia. La casa, grande y reluciente, daba la impresión de ser del siglo anterior y de un gusto extranjero: colores claros; techos altos y abovedados; pálidos frescos mitológicos; puertas doradas, coronadas por viejos paneles franceses; tapices desteñidos y delicados adamascados; gran abundancia de porcelana antigua, de entre la cual sobresalían grandes jarrones de rosas de color rosa. Al parecer, todos los invitados se habían reunido para la cena en la sala principal, animada por un fuego de grandes leños, y la concurrencia era tan numerosa que Waterville temía ser el último. Lady Demesne le ofreció una sonrisa y un leve roce de su mano; estaba muy tranquila y, sin decir nada en particular, le trató como si hubiera sido un invitado habitual. Waterville no tenía muy claro si ello le gustaba o le molestaba; pero estas alternativas tampoco le importaban mucho a su anfitriona, que iba mirando a sus invitados como para averiguar si el número era el correcto. El señor de la casa estaba hablando con una dama delante del fuego; cuando vislumbró a Waterville a través de la sala, le saludó con la mano con el aire de estar muy contento de verle. Nunca había tenido ese aire en París, y Waterville tuvo la oportunidad de observar algo de lo cual a menudo había oído hablar, es decir, cuánto mejor parecían los ingleses en sus propiedades rurales. Lady Demesne se giró hacia él otra vez, con su sonrisa dulce y vaga, que parecía ser invariable.

-Estamos esperando a la señora Headway -dijo.

-¿Ah, ya ha llegado? -Waterville se había olvidado de ella por completo.

-Llegó a las cinco y media. A las seis subió a vestirse. Ha tenido dos horas para ello.

-Esperemos que los resultados sean proporcionales -dijo Waterville sonriendo.

-Bueno, los resultados... No sé -murmuró lady Demesne, sin mirarle. Y en estas sencillas palabras Waterville encontró la confirmación a su teoría de que lady Demesne estaba representando un papel con segundas intenciones. Se preguntó si debería sentarse junto a la señora Headway en la cena y deseó, con la debida deferencia hacia los encantos de dicha dama, encontrar una compañía algo más original. Los resultados del atavío que ella había prolongado durante dos horas se hicieron visibles pocos minutos más tarde. Apareció en lo alto de la escalera que descendía hacia la sala, lo cual, durante los tres minutos que duró su lento descenso de cara a la gente que esperaba abajo, la puso considerablemente de relieve. Waterville, mirándola, sintió que aquél era un gran momento para ella: ésta era virtualmente su entrada en la alta sociedad inglesa. La señora Headway entraba en la alta sociedad inglesa realmente bien, con su sonrisa encantadora en los labios y con los trofeos adquiridos en la Rue de la Paix arrastrando tras de sí. Provocaba un portentoso fru-frú al moverse. La gente volvió sus ojos hacia ella; hubo un perceptible descenso del volumen de la conversación, a pesar de que no había sido especialmente audible. Parecía estar muy sola y era bastante pretencioso por su parte el hecho de bajar la última, aunque era posible que el retraso se debiera sencillamente a que, una vez ante su espejo, le hubiera resultado muy difícil encontrarse a gusto. Porque evidentemente era consciente de la importancia de la ocasión, y Waterville estaba seguro de que el corazón de la señora Headway latía emocionado. Sin embargo, era muy valiente; sonrió más intensamente y avanzó con el aire de una dama acostumbrada a que la miren. Tenía, de todos modos, el apoyo de saber que era bonita; porque nada, en esta ocasión, faltaba a su belleza, y la resolución de triunfar, que podría haberla endurecido, quedaba velada por la virtuosa conciencia de no haber negligido nada. Lady Demesne se adelantó para saludarla; sir Arthur no le hizo caso, y a los pocos momentos Waterville se encontró procediendo a cenar junto a la esposa de un eclesiástico que lady Demesne le había presentado con este fin cuando la sala estaba casi vacía. Del rango de dicho eclesiástico se enteró a la mañana siguiente, pero entretanto le pareció extraño, de alguna manera, que en Inglaterra los eclesiásticos tuvieran esposa. La vida inglesa, incluso al cabo de un año de residencia seguía presentándole estas sorpresas. No le resultó difícil sin embargo, reconocer a qué tipo pertenecía *la dame* que no era, en ningún sentido, especialmente excepcional, sin que hubiera sido necesaria la Reforma para producir tal tipo de dama. Su nombre era señora April; la envolvía un gran chal de encaje; para tomar la cena se quitó tan sólo un guante, y el otro provocó en Waterville, en algunos momentos, la curiosa impresión de que el convite entero, a pesar de ser muy completo, era algo parecido a un picnic. La señora Headway estaba al otro lado de la mesa, a cierta distancia; había entrado, según le informó a Waterville su vecina, con un general, un caballero de cara enjuta, nariz aguileña y bigotes bien cuidados, y tenía a su otro lado a un elegante joven de identidad menos definida. El pobre sir Arthur estaba sentado entre dos damas mucho mayores que él, cuyos apellidos cargados de historia, Waterville había oído a menudo, asociándolos a figuras más románticas. La señora Headway no le saludó; evidentemente, no le había visto antes de sentarse a la mesa, cuando le miró fijamente, con sorpresa tan violenta que, por un momento, casi borró su sonrisa. Fue un banquete abundante y bien ordenado, pero mientras Waterville observaba uno a uno a todos los invitados de la mesa se preguntaba si algunos de ellos no serían más bien aburridos. Mientras llevaba a cabo tal reflexión se dio cuenta de que estaba juzgando el asunto mucho más desde el punto de vista de la señora Headway que desde el suyo propio. No conocía a nadie aparte de la señora April, quien, con un deseo casi maternal de proporcionarle información, le dijo los nombres de muchos de sus compañeros de mesa; a cambio de lo cual él le explicó que no formaba parte de aquel grupo. La señora Headway se llevó a la perfección con su general; Waterville la observaba más atentamente de lo que parecía y se dio cuenta de que el general, quien, evidentemente, era capaz de un gran autocontrol, provocaba la conversación de la dama. Waterville deseó que tuviera cuidado. Él, a su manera, era un hombre de imaginación y mientras la comparaba con el resto de los comensales se dijo que era una mujercita muy valiente y que su actual empeño tenía un toque de heroísmo. Estaba sola frente a una multitud y sus oponentes constituían una falange muy apretada; los que estaban presentes representaban a miles más. Parecían tan distintos a ella que a los ojos de la imaginación la dama se mantenía enteramente por sus propios méritos. Toda esa gente parecía tan compuesta, tan sin esfuerzo, tan rodeada de cosas en las que apoyarse...; los hombres con sus cutis limpios, sus bien dotadas barbillas, los ojos fríos y agradables, los hombros echados hacia atrás, su ausencia de gesticulación; las mujeres, algunas muy bellas, medio estranguladas por collares de perlas, con sus trenzas lisas y sin adornos; pareciendo no mirar nada en especial, soportando el silencio como si fuera tan favorecedor como

la luz de las velas; mostrando sin embargo, en las escasas ocasiones en que hablaban, unas voces ricas y frescas. Se hallaban todos envueltos por una comunidad de ideas, de tradiciones. Entendían mutuamente sus acentos, incluso sus variaciones. La señora Headway, con toda su belleza, parecía exceder estas variaciones; se veía extranjera, exagerada; era demasiado expresiva; podría haber sido contratada para la velada. Waterville observó, además, que la sociedad inglesa siempre andaba buscando diversión y que sus transacciones se llevaban a cabo en efectivo. Si la señora Headway resultaba divertida probablemente tendría éxito, y su fortuna, si fortuna había, no sería un estorbo.

En el salón, después de la cena, se acercó a ella, pero la dama no le saludó. Solamente le miró con una expresión que nunca había visto antes, una expresión de desagrado extraña y audaz.

-¿Por qué ha venido aquí? -preguntó- ¿Ha venido para observarme?

Waterville se ruborizó hasta la raíz del pelo. Sabía que ello era impropio de un diplomático; pero fue incapaz de controlar su rubor. Además, estaba escandalizado, estaba enfadado, y encima estaba perplejo.

-He venido porque me han invitado.

-¿Quién le ha invitado?

-La misma persona que le invitó a usted, supongo, lady Demesne.

-¡Es una vieja gata! -exclamó la señora Headway, volviéndose.

Él se volvió también. No sabía qué había hecho para merecer tal tratamiento. Fue una sorpresa completa; nunca antes la había visto así. Era una mujer muy vulgar; ésa era la manera en que hablaba la gente, suponía él, de San Diego. Se entregó casi apasionadamente a las conversaciones de los demás, los cuales le parecieron todos, posiblemente un poco por contraste, extraordinariamente simpáticos y amables. No tuvo, sin embargo, el consuelo de ver castigada a la señora Headway por su descortesía, ya que no estaba en absoluto desatendida. Al contrario, en la parte de la sala donde ella estaba sentada, el grupo era más denso, y de cuando en cuando se agitaba con risas unánimes. «Si les divierte -se dijo a sí mismo-, tendrá éxito», y evidentemente, les estaba divirtiendo.

VII

Si la señora Headway era extraña, Waterville aún no había descubierto hasta qué punto. El día siguiente era un domingo e inusualmente agradable; Waterville bajó antes del desayuno y se fue a pasear por el parque, parándose a contemplar los ciervos con sus delgadas patas, dispersos como alfileres en un cojín de terciopelo sobre algunas de las colinas más remotas y vagando por la orilla de un gran estanque ornamental, en el centro del cual, sobre una isla artificial, se erguía un templo, imitación del de Vesta. Durante este tiempo no volvió a pensar en la señora Headway; tan sólo meditaba que estos majestuosos objetos seguramente habrían servido de fondo, durante más de cien años, a una gran cantidad de historia familiar. Un poco más de meditación quizá le habría sugerido que la señora Headway podía representar un incidente de cierta importancia en la historia de la familia. Dos o tres damas faltaron al desayuno; la señora Headway fue una de ellas.

-Me contó que nunca sale de su habitación antes del mediodía -oí que lady Demesne le comentaba al general, compañero de la señora Headway de la tarde anterior y que había preguntado por ella-. Tarda tres horas en vestirse.

-¡Es una mujer terriblemente inteligente! -exclamó el general.

-¿Por tardar tres horas?

-No. Me refiero a la manera en que conserva su presencia de ánimo.

-Sí, creo que es muy lista -dijo lady Demesne en un tono en el que Waterville se congratuló de percibir más contenido del que pudo percibir el general. Había algo en esta mujer alta, delgada y resuelta, que parecía a la vez benevolente y distante, que despertaba la admiración de Waterville. A pesar de su apariencia delicada, su dulzura convencional, Waterville podía ver en ella una mujer muy fuerte. Había puesto un límite muy alto a su paciencia, y la llevaba como una diadema. Tenía muy poco qué decir a Waterville, pero de vez en cuando le hacía alguna pregunta que mostraba que no le había olvidado. En cuanto a Demesne parecía encontrarse muy animado, aunque no había nada activo en su comportamiento, sólo parecía muy atractivo, con buen color, como si se bañara cada una o dos horas, y muy seguro contra lo inesperado. Waterville tuvo aún menos conversación con él que con su madre; pero el joven había encontrado la oportunidad de decirle la noche anterior, en el salón de fumar, que estaba encantado de que hubiera podido ir y que, si le gustaban los paisajes ingleses, había unas cuantas cosas en la localidad que le gustaría mucho mostrarle.

-Tiene que reservarme una o dos horas de su tiempo antes de marcharse, ya sabe. Creo sinceramente que hay

algunas cosas que le gustarán. -Sir Arthur habló como si Waterville fuera muy exigente; parecía querer darle una importancia indefinida.

El domingo por la mañana, después de desayunar le preguntó si le gustaría ir a la iglesia; la mayoría de las damas y algunos de los hombres iban a ir.

-Haga sólo lo que realmente le apetezca, ya sabe; pero es un paseo bastante agradable a través de los campos, y una interesante pequeña iglesia de la época del rey Esteban.

Waterville sabía lo que ello significaba; para empezar, un panorama precioso. Además, le gustaba ir a la iglesia, especialmente cuando se sentaba en el banco del hacendado, que a veces era tan grande como un gabinete. Por lo tanto contestó que le encantaría. Luego añadió sin explicar sus razones.

-¿Va a ir la señora Headway?

-La verdad es que no tengo ni idea -dijo su huésped, cambiando de tono abruptamente, como si Waterville le hubiera preguntado si iba a ir el ama de llaves.

«¡Los ingleses son muy extraños!» Waterville se permitió mentalmente esta exclamación, a la que había recurrido, desde su llegada a Inglaterra siempre que encontraba un desfase en la lógica normal. La iglesia era aún más preciosa que en la descripción de sir Arthur, y Waterville se dijo que la señora Headway se había equivocado no yendo con ellos. Sabía lo que ella quería: quería estudiar la vida inglesa para tomar posesión de ella, y el hecho de pasar entre dos hileras de campesinos haciendo reverencias y sentarse entre los monumentos de los antiguos Demesnes le habría enseñado mucho sobre la vida inglesa. Si quería armarse de coraje para la lucha debería haber acudido a esa vieja iglesia. Había regresado a Longlands caminando a través de los prados con la esposa del canónigo que era una caminadora enérgica y aún faltaba media hora para la comida, y se sentía poco inclinado a entrar en la casa. Recordó que todavía no había visto los jardines y se fue a buscarlos paseando. Estaban diseñados a una escala que le permitió encontrarlos sin dificultad, y le dio la impresión de que habían sido mantenidos incansablemente durante uno o dos siglos. No había recorrido todavía mucho trecho entre sus floridas orillas cuando oyó una voz que reconoció y un momento más tarde, a la vuelta de un sendero, encontró a la señora Headway, atendida por el amo de Longlands. La dama llevaba la cabeza descubierta bajo su sombrilla, que echó para atrás, parándose en seco, al ver a su compatriota.

-¡Vaya, si es el señor Waterville que viene a espiarme como siempre! -Y con este comentario saludó al algo desconcertado joven.

-¡Hola!, ¿ya ha vuelto de la iglesia? -dijo sir Arthur sacando su reloj.

Waterville quedó impresionado por su imperturbabilidad. La admiró porque, después de todo, se dijo a sí mismo, debía de haber sido desagradable que le interrumpieran. Se sintió un poco como un bobalicón y deseó haberse mantenido en compañía de la señora April, para dar la impresión de haber venido con ella. La señora Headway tenía una apariencia adorablemente fresca en un atavío que Waterville, que tenía sus ideas sobre tales asuntos, estaba seguro que no sería visto con buenos ojos para un domingo por la mañana en una finca inglesa: un *négligé* de frunces y volantes blancos, entremezclados con cintas amarillas; una prenda que podría haber llevado la señora de Pompadour para recibir a Luis XV, pero que probablemente no se habría puesto para salir a la calle. La vista de tal indumentaria acabó de reafirmar la impresión que tenía Waterville de que la señora Headway, generalmente sabía lo que se hacía. Tomaría una línea de acción propia; no sería demasiado complaciente. No bajaría a tomar el desayuno; no iría a la iglesia; los domingos por la mañana llevaría vestidos primorosamente informales, y parecería terriblemente no-británica y no-protestante. Quizás a fin de cuentas, esto fuera mejor. Ella empezó a hablar con cierta locuacidad.

-¿No es precioso todo esto? He venido andando desde la casa. No es que andar me guste mucho, pero la hierba en este sitio es como un salón. Sir Arthur, debería ir a ocuparse del embajador; es una vergüenza haberle retenido de esta manera. ¿No se ha preocupado por él? Acaba de decir que casi no le había dirigido la palabra, y va a tener que compensarle. Nunca había visto que alguien desatendiera a sus invitados de forma parecida. ¿Es este el estilo normal por aquí? Vaya y sáquele a pasear con el caballo, o haga que juegue una partida de billar. El señor Waterville me acompañará de vuelta; además quiero regañarle por haberme espiado.

A Waterville le ofendió vivamente tal acusación.

-No tenía ni idea de que estuviera aquí -declaró.

-No nos estábamos escondiendo -dijo sir Arthur en tono bajo-. ¿Podría acompañar a la señora Headway de regreso a la casa? Me parece que debería cuidar del viejo Davidoff. Creo que la comida es a las dos.

Les dejó y Waterville vagó por los jardines con la señora Headway. Ella quiso saber inmediatamente si Waterville había ido allí para vigilarla; pero la pregunta fue acompañada, para sorpresa del joven, de la misma actitud que había mostrado la noche anterior. Sin embargo, Waterville estaba decidido a no dejar que la gente le

tratara de esa manera, no estaba dispuesto a olvidarlo.

-¿Acaso cree que siempre estoy pensando en usted? -preguntó-. De vez en cuando no la tengo en mente. Vine aquí para ver los jardines, y, si no me hubiera hablado, habría continuado haciéndolo.

La señora Headway permaneció perfectamente imperturbable; pareció no haber ni tan siquiera oído su defensa.

-Tiene otras dos fincas -replicó sencillamente-. Eso es lo que quería saber.

Pero Waterville no pensaba desviar su queja. Ese modo de reparación a una persona a quien se ha insultado que consistía en olvidar que se había hecho, sin duda se usaba mucho en Nuevo México; pero una persona de honor requería algo más.

-¿Qué quería decir anoche cuando me acusó de haber venido aquí para espiarla? Me tendrá que perdonar si le digo que creo que fue bastante descortés. -La fuerza de esta acusación estaba en que tenía algo de verdad; sin embargo, durante un momento la señora Headway se quedó en blanco y tardó en reconocer la alusión.

«Es una bárbara, después de todo -pensó Waterville- ¡Cree que una mujer puede darle una bofetada en la cara a un hombre y salir corriendo!»

-¡Ah! -exclamó la señora Headway de repente-. Me acuerdo, estaba enfadada con usted; no esperaba verle. Pero en realidad no me importaba en absoluto. De vez en cuando me enfado así, y me desahogo riñendo al primero que tengo a mano. Pero se acaba en tres minutos y no vuelvo a pensar en ello. Estaba enfadada anoche. Estaba furiosa con la vieja.

-¿Con la vieja?

-Con la madre de sir Arthur. No tiene nada que haber aquí, de todos modos. En este país, cuando muere el marido, se espera de ellas que se vayan. Tiene casa propia, a diez millas de aquí y tiene otra en la plaza de Portman, así que tiene bastantes sitios en donde vivir. Pero se pega, se pega a él como un emplasto. De repente me dí cuenta de que no me había invitado aquí porque yo le guste, sino porque se sospecha de mí. Tiene miedo de que nos casemos y cree que yo no soy lo suficientemente buena para su hijo. Debe de pensar que tengo muchas prisas para hacerme con él. Nunca le he perseguido, él me persiguió a mí. Yo nunca habría pensado nada si no hubiera sido por él. Él lo empezó todo el verano pasado en Hamburgo; quería saber por qué no había venido a Inglaterra; me dijo que tendría mucho éxito aquí. No sabe mucho del asunto, de todos modos; no tiene mucho sentido común. Pero, de todas maneras es un hombre muy amable; es muy agradable verle rodeado de su... -Y la señora Headway se detuvo un momento, mirando con admiración a su alrededor-, rodeado de sus viejas reliquias de familia. Me gusta este viejo lugar -continuó- Está montado de una manera muy bella; estoy totalmente satisfecha con lo que he visto. Pensé que lady Demesne era muy simpática; me dejó una tarjeta en Londres y a los pocos días me escribió invitándome para venir aquí. Pero yo soy muy rápida; a veces capto las cosas en un instante. Ayer, cuando me vino a hablar durante la cena, me di cuenta de algo. Ella vio que yo estaba bonita y eso la puso furiosa. Esperaba que yo fuera fea. Me gustaría mucho complacerla ¿pero qué puede hacer una? Luego me di cuenta de que me había invitado aquí sólo porque él había insistido. Al principio, cuando llegué a Londres, sir Arthur no me vino a ver. No se acercó a mí durante diez días. Ella logró alejarle. Consiguió que le hiciera alguna promesa. Pero cambió de idea al cabo de poco, y entonces fue realmente cortés. Me visitó tres días seguidos, y consiguió que me visitara ella también... Lady Demesne es de esas mujeres que se resiste tanto como puede y luego parece ceder, cuando lo que está haciendo en realidad es resistir más que nunca. Me odia como al veneno; no sé qué cree que he hecho. Es de las que trabajan con la mano escondida; es realmente una verdadera gata vieja. Cuando le vi anoche en la cena, pensé que ella le había traído aquí para que la ayudase.

-¿Para qué la ayudase?

-Para que le contara cosas sobre mí. Para que le diese información que pudiera usar en mi contra. ¡Puede decirle lo que le plazca!

Waterville se había quedado casi sin aliento a causa de la atención que había prestado a este extraordinario torrente de confianza y ahora se sentía realmente mareado. Se quedó donde estaba; la señora Headway continuó algunos pasos y luego, parándose también, se volvió y le miró.

-¡Es una mujer incalificable! -exclamó. Le parecía de veras una bárbara.

Ella se rió de él y a él le pareció que se estaba riendo de la expresión de su cara y su risa se esparció por todo el majestuoso jardín.

-¿Qué tipo de mujer es ése?

-No tiene ninguna delicadeza -dijo Waterville con resolución.

Se ruborizó rápidamente, aunque por extrañeza que fuera, no parecía estar enfadada.

-¿Ninguna delicadeza? -repitió ella.

-Debería guardar estas cosas para usted sola.

-Bueno, sé lo que quiere decir; yo hablo de todo. Cuando me excito tengo que hablar. Pero tengo que hacer las cosas a mi manera. Tengo bastante delicadeza, cuando la gente me es agradable. Pregúntele a Arthur Demesne si soy o no delicada, pregúnteselo a George Littlemore. No se quede ahí parado todo el día, ¡entre a comer! -Y la señora Headway reanudó su paseo, mientras Rupert Waterville, levantando sus ojos por un momento, la fue alcanzando gradualmente-. Espere a que me asiente; luego será delicada -prosiguió-. No se puede ser delicada cuando estás tratando de salvar la vida. Está muy bien para usted, con toda la Legación Americana para respaldarle. ¡Claro que estoy excitada! ¡Tengo este asunto bien controlado y no tengo la intención de dejar que se me escape!

Antes de llegar a la casa le explicó el motivo por el cual había sido invitado a Longlands en la misma ocasión que ella. A Waterville le habría gustado creer que su atractivo personal explicaba suficientemente este hecho, pero ella no tomó en cuenta esta suposición. La señora Headway prefería pensar que se hallaban inmersos en una maquinación ingeniosa y que la mayoría de las cosas que sucedían tenía su punto de referencia en ella. A Waterville le habían invitado porque representaba aunque fuera modestamente, la Legación Americana, y su anfitrión tuvo la amistosa idea de hacer parecer que la bonita invitada americana, de quien nadie sabía nada, estaba bajo la protección de la Legación.

-Ello me introduciría mejor -dijo la señora Headway con serenidad-. No lo puede evitar, ha ayudado a introducirme. De haber conocido al embajador, le habría invitado a él, o al primer secretario. Pero no les conoce.

Llegaron a la casa cuando la señora Headway había desarrollado este tema, lo cual dio a Waterville un pretexto más que suficiente para retenerla en el pórtico.

-¿Quiere decir que sir Arthur le comentó todo esto? -preguntó, casi con severidad.

-¿Que me lo comentó? ¡Claro que no! ¿Se imagina que le dejaría adoptar ese tono e implicar que yo necesito favores? ¡Me gustaría oírle decir que me hace falta ayuda!

-No veo por qué no debería, con el ritmo que lleva usted misma... Se lo dice a todo el mundo.

-¿A todo el mundo? Se lo digo a usted, y a George Littlemore, cuando estoy nerviosa. Se lo digo a usted porque me agrada, y a él porque le tengo miedo. A propósito, a usted no le tengo nada de miedo. Estoy completamente sola, no tengo a nadie. Tengo que tener algún consuelo ¿no? Sir Arthur me riñó por haberle ofendido anoche, se dio cuenta; y fue por eso que supuse su intención.

-Le estoy muy agradecido -dijo Waterville, algo aturdido.

-Así que usted es mi avalador. ¿No me ofrece su brazo para entrar?

-Es una mezcla tan extraordinaria... -murmuró, mientras ella le miraba sonriendo.

-¡Venga ya, por favor no quiero que usted se enamore de mí! -soltó ella con una risa; y, sin coger su brazo, entró delante de él.

Aquella tarde, antes de ir a vestirse para la cena, Waterville entró en la biblioteca, donde estaba seguro que encontraría unas encuadernaciones de alta calidad. No había nadie en la sala, y pasó una media hora muy feliz entre los tesoros de la literatura y las maravillas del tafilete viejo. Tenía una gran aprecio por la buena literatura y sostenía que debería tener siempre bellas tapas. La luz del día había empezado a menguar, pero cada vez que en la penumbra resplandeciente adivinaba la luz trémula de un lomo bien dorado, bajaba el volumen y lo llevaba a una de las hondas ventanas. Acababa de terminar la inspección de un libro de deliciosa fragancia y estaba a punto de devolverlo a su estante, cuando se encontró cara a cara con lady Demesne. Inicialmente se asustó, porque su figura alta y delgada, su semblante pálido, que parecía blanco en la alta y oscura sala, y la expresión de gravedad con que se presentaba, le confería algo espectral a su presencia. Sin embargo la vio sonreír, y la oyó decir, en ese tono suyo que era dulce casi hasta la tristeza:

-¿Está mirando nuestros libros? Me temo que son bastante aburridos.

-¿Aburridos? ¡Pero si están tan resplandecientes como el día en que fueron encuadernados! -Y volvió las relucientes tapas del libro hacia ella.

-Me temo que hace bastante tiempo que no me fijo en ellos -murmuró la dama, acercándose a la ventana, desde la que se quedó mirando hacia fuera. Más allá del límpido cristal se extendía el parque, donde el color gris del atardecer empezaba a colgarse de las grandes ramas de los robles. El lugar parecía frío y vacío, y los árboles tenían un aire de consciente importancia, como si la naturaleza de alguna manera hubiera sido sobornada para que se pusiera de parte de las grandes familias del condado. Lady Demesne no era una persona con quien se pudiera conversar fácilmente; no era ni espontánea ni pletórica; se controlaba a sí misma, controlaba muchas cosas. Incluso su simplicidad era de conveniencia. Aunque de una conveniencia bastante noble. Uno podría

haber sentido lástima por ella, si hubiera visto que vivía en una constante, tensa comunión con ciertos rígidos ideales. Esto la hacía parecer, a veces, muy cansada, como una persona que se ha comprometido en demasía. Daba la impresión de una quieta luminosidad, que nada tenía que ver con la brillantez, sino con una pureza preservada cuidadosamente. No dijo nada durante un momento y su silencio tenía la apariencia de estar cargado de intención, como si quisiera hacerle saber que tenía algo que tratar con él, sin tomarse la molestia de anunciarlo. Se había acostumbrado a que la gente supusiera lo que ella quería decir y a poder ahorrarse la molestia de explicarse. Waterville realizó algún comentario fortuito sobre la belleza de la tarde -aunque de hecho el tiempo había empeorado- al que ella no se dignó dar respuesta. Luego, al cabo de unos momentos, le dijo, con su dulzura habitual:

-Esperaba encontrarle aquí, me gustaría preguntarle algo.

-¿Lo que usted desee, estaré encantado! -exclamó Waterville.

La dama le dirigió una mirada, no imperiosa, sino casi suplicante, que parecía decir «por favor sea muy natural, muy, muy natural». Luego dirigió una mirada a su alrededor, como si hubiera más gente en la sala; no quería que pareciera que se encontraba encerrada con él, o que había venido expresamente. Allí estaba, de todas maneras, y continuó:

-Cuando mi hijo me comentó que le invitaría a venir, me alegré, quiero decir, claro está, que nos apetecía a los dos. -Y se detuvo un momento. Luego añadió, sencillamente-: Quisiera preguntarle algo sobre la señora Headway.

«¡Ah, llegó el momento!» -exclamó Waterville para sus adentros. Pero externamente, sonrió de la manera más agradable que le fue posible, y dijo:

-Sí, claro.

-¿Le molesta que se lo pregunte? Espero que no le moleste. Pero no tengo nadie más a quien preguntar.

-Creo que su hijo la conoce mucho mejor que yo.

Waterville había contestado sin segunda intención, únicamente para escapar a las dificultades de su situación; pero después de haberlo hecho, se sintió casi asustado por el tono burlón que había tomado su respuesta.

-No creo que la conozca. Ella le conoce a él, que es algo muy distinto. Cuando le pregunto algo sobre ella, él sólo sabe decirme que es fascinante. Y es verdad, *es* fascinante -dijo la dama con una sequedad inimitable.

-Eso creo yo también. Me agrada mucho -replicó Waterville alegremente.

-Entonces está en mejor situación para hablar de ella.

-Para hablar bien de ella -dijo Waterville, sonriendo.

-Desde luego. Si puede hacerlo me encantaría escucharle. Eso es lo que deseo oír: algo bueno de ella.

Podría haber parecido, después de lo dicho, que no le habría quedado otro remedio que no fuera lanzarse a un panegírico sobre su misteriosa compatriota; pero no se iba a dejar tentar más por este peligro que por cualquier otro.

-Sólo puedo decir que me agrada -repitió.- Ha sido muy amable siempre conmigo.

-Parece ser que agrada a todo el mundo -dijo lady Demesne dando una natural impresión de patetismo-. Es realmente muy divertida.

-Es muy afable; tiene un montón de buenas intenciones.

-¿A qué llama usted buenas intenciones? -preguntó lady Demesne, en un tono muy dulce.

-Bueno, quiero decir que ella quiere ser amable y resultar agradable.

-Evidentemente, usted tiene que defenderla. Es compatriota suya.

-Para tener que defenderla, primero tendría que haber sido atacada -dijo Waterville riéndose.

-Tiene usted razón. No creo que haga falta que le recuerde que no la estoy atacando. Nunca atacaría a una persona alojada en esta casa. Sólo deseo saber algo de ella y si usted no me lo puede decir, quizás, por lo menos, podría mencionar a alguien que sí pueda.

-Se lo dirá ella misma. Se lo dirá a cada momento.

-¿Lo que le ha dicho a mi hijo? No lo entendería. Mi hijo no lo entiende. Es muy extraño. Yo esperaba que usted me lo aclararía.

Waterville guardó silencio durante un momento.

-Me temo que no puedo explicarle nada sobre la Señora Headway -comentó finalmente.

-Veo que admite que es alguien muy singular.

Waterville volvió a dudar.

-Es demasiada responsabilidad contestarle.

Sintió que había sido muy poco considerado; sabía exactamente lo que lady Demesne quería que dijera. No

estaba dispuesto a empañar la reputación de la señora Headway para complacer a lady Demesne; sin embargo, con su activa imaginación pudo comprender los sentimientos de aquella tierna, formal y seria mujer, la cual, era fácil de ver, había buscado su propia felicidad en el cultivo del deber y en la fidelidad extrema hacia sus dos o tres objetos de devoción elegidos una vez por todas. En efecto, vista desde su óptica, la señora Headway podía parecer desagradable e incluso peligrosa. Pero unos momentos más tarde se dio cuenta de que ella había interpretado sus últimas palabras como una concesión en la cual podría encontrar esperanza.

-Entonces, sabe por qué le pregunto estas cosas, ¿no es así?

-Creo que tengo una cierta noción -dijo Waterville, insistiendo en sus risas sin sentido. Su risa sonó bobalicona a sus propios oídos.

-Sí sabe eso, creo que debería ayudarme. -Su tono cambió al pronunciar estas palabras; había en ellas un punto de estremecimiento; Waterville se dio cuenta de que eran una confesión de angustia, una angustia profunda, Waterville comprendió inmediatamente que debía haberse sentido muy angustiada para que se decidiese a hablar con él. Sintió lástima y determinó ser muy serio con ella.

-Si pudiera ayudarle, lo haría. Pero me hallo en una posición muy difícil.

-¡No tan difícil como la mía! -Lady Demesne estaba haciendo todo lo posible; realmente, le estaba suplicando. No creo que usted le deba ningún favor a la señora Headway. Usted me parece muy distinto -añadió.

Waterville no era insensible a cualquier distinción a su favor; pero estas palabras le sobresaltaron, como si hubieran sido un intento de soborno.

-Me sorprende que a usted no le agrade -se atrevió a observar.

Lady Demesne miró un instante por la ventana.

-No creo que esté realmente sorprendido, aunque es posible que trate de estarlo. De todas maneras ella no me agrada y no puedo imaginar por qué a mi hijo sí. Es muy bonita, y parece ser muy inteligente; pero no me fío de ella. No entiendo qué le sucede a mi hijo; no es normal en su familia casarse con personas así. No creo que sea una dama. La persona que yo desearía para él, sería muy distinta. Quizás usted pueda entender lo que quiero decir. Hay algo en su historial que no entendemos. Mi hijo no lo entiende más que yo. Si usted sólo nos lo pudiera explicar, ello podría sernos de gran ayuda. Aun siendo la primera vez que nos vemos, le trato a usted con gran confianza, y es porque no sé a quién dirigirme. Estoy sumamente angustiada.

Era obvio que estaba preocupada; su forma de hablar se había hecho más vehemente; sus ojos parecían brillar en el crepúsculo cada vez más oscuro.

-¿Está realmente segura de que existe algún peligro? -preguntó Waterville- ¿Le ha preguntado si quiere casarse con él y ella ha dado su consentimiento?

-Si espero a que lo hayan arreglado, será demasiado tarde. Tengo razones para pensar que mi hijo no está comprometido, pero está terriblemente enmarañado. A la vez está muy inquieto, y eso quizás aún le podría salvar. Tiene un grandísimo sentido del honor. No está satisfecho con su vida pasada; no sabe qué pensar de lo que nos han contado. Incluso lo que ella admite es tan extraño... Ha estado casada cuatro o cinco veces, se ha divorciado una y otra vez, parece algo tan extraordinario... Ella le dice que en América es distinto y supongo que ustedes no comparten nuestras ideas pero, mire usted, todo tiene sus límites. Tiene que haber habido unas irregularidades muy grandes, me temo que algunos escándalos importantes. Es espantoso tener que aceptar tales cosas... No es que mi hijo no haya dicho nada de esto, pero no hace falta que me lo diga; le conozco suficientemente bien para adivinarlo.

-¿Sabe él que usted está hablando conmigo? -preguntó Waterville.

-Ni mucho menos, pero debo decirle que le repetiré cualquier cosa que usted diga en contra de ella.

-Entonces, no debería decir nada. Es algo muy delicado. La señora Headway está totalmente desprotegida. A uno le puede gustar o no, claro está. Pero yo no he visto nada en ella que no sea perfectamente correcto.

-¿Y no ha oído nada?

Waterville recordó la aseveración de Littlemore sobre los casos en que el honor no permite a un hombre decir toda la verdad y se preguntó si éste sería uno de esos casos. Lady Demesne se impuso, le había convencido de la realidad de su agravio, y vio el abismo que le separaba de la mujercita ambiciosa que había convivido con directores de periódico del Oeste. Tenía motivos para no querer que la asociaran con la señora Headway. Después de todo, no había habido nada en su relación con esa dama que le indujera a mentir en su favor. Él no había buscado su amistad, ella había buscado la suya; ella le había pedido que la visitara. Y sin embargo, no podía desentenderse totalmente de ella. Como decían en Nueva York, la idea se le atragantó.

-Me temo que, realmente, no voy a poder decir nada. Y tampoco importaría. Su hijo no la abandonaría por el hecho de que a mí no me agradase.

-Si pudiera creer que ella ha obrado mal, la dejaría.

-Pero yo no tengo derecho a decir que sea así -dijo Waterville.

Lady Demesne se volvió; se sentía muy decepcionada. Waterville temió que exclamara algo como «¿Por qué cree entonces que le invité a venir?». Dejó su sitio cerca de la ventana y parecía que se disponía a salir de la sala. Pero se detuvo.

-Usted sabe algo en contra de ella, pero no lo quiere decir.

Waterville aferró el libro contra sí y se sintió incómodo. -Usted me atribuye cosas que no he dicho. Yo nunca diré nada.

-Desde luego, es usted totalmente libre. Existe alguien más que la conoce, creo. Otro americano, un caballero que estaba en París cuando estuvo mi hijo. Se me ha olvidado su nombre.

-¿Un amigo de la señora Headway? Supongo que se refiere a George Littlemore.

-Exacto, el señor Littlemore. Tiene una hermana a la que conozco; no sabía que era su hermana hasta hoy. La señora Headway me habló de ella pero parece que no la conoce. Ello en sí mismo constituye una prueba, creo.

¿Cree que *él* querrá ayudarme? -preguntó lady Demesne de forma muy sencilla.

-Lo dudo, pero puede intentarlo.

-Ojalá hubiera venido con usted. ¿Cree que vendría?

-En este momento está en América, pero creo que volverá pronto.

-Iré a visitar a su hermana; le pediré que le traiga a verme. Es muy amable y creo que me comprenderá. Desgraciadamente queda muy poco tiempo.

-No cuente demasiado con Littlemore -dijo Waterville gravemente.

-Ustedes los hombres no tienen piedad.

-¿Por qué deberíamos apiadarnos de usted? ¿Cómo podría la señora Headway perjudicar a una persona como usted?

Lady Demesne dudó un momento.

-Me hiera oír su voz.

-Su voz es muy dulce...

-Posiblemente. ¡Pero ella es horrible!

A Waterville le pareció que aquello era ya excesivo; era muy fácil criticar a la pobre señora Headway y él mismo había declarado que era una bárbara, sin embargo no era horrible.

-Es su hijo quien debería tener piedad de usted. ¿Si él no lo hace, cómo puede esperarlo de otros?

-¡Pero sí que lo hace! -Y con un estilo majestuoso que resultó más impresionante incluso que su lógica, lady Demesne se acercó a la puerta.

Waterville se adelantó para abrírsele y en el momento en que ella salía dijo:

-Hay algo que sí puede hacer usted: ¡intentar que le guste!

Lady Demesne le lanzó una mirada terrible.

-¡Eso sería lo peor de todo!

VIII

George Littlemore llegó a Londres el día veinte de mayo y una de las primeras cosas que hizo fue ir a ver a Waterville en la Legación, donde le hizo saber que para el resto de temporada había arrendado una casa en el barrio de Queen Anne's Gate, para que su hermana y su marido -quienes, amenazados por la disminución de las rentas, habían alquilado su propia residencia en la ciudad-, pudieran ir y pasar un par de meses con él.

-Una de las consecuencias de tener una casa será que tendrás que recibir a la señora Headway -dijo Waterville.

Littlemore continuó sentado con las manos cruzadas sobre su bastón; miraba a Waterville con una expresión que no se alteró en absoluto al ser mencionado el nombre de la dama.

-¿Ha logrado introducirse en la alta sociedad europea? -preguntó algo lánguidamente.

-Mucho, diría yo. Tiene una casa y un carruaje y diamantes y todo en orden. Parece que ya conoce a muchas personas; salió su nombre en el *Morning Post*. Ha ascendido muy rápidamente; ya es casi famosa. Todo el mundo hace preguntas sobre ella. Te van a coser a preguntas.

Littlemore escuchaba muy serio.

-¿Cómo logró introducirse?

-Conoció a bastante gente en Longlands y consiguió que todos la encontrasen muy divertida. Ellos mismos la auparon, ella sólo tuvo que empezar.

Littlemore pareció, de repente, estar impresionado con lo grotesco de esta noticia, ante la cual su primera reacción fue un rápido estallido de risa.

-¡Vaya con Nancy Beck! La gente de aquí es extraña. Se entusiasman con todo el mundo. En Nueva York no se le acercarán.

-Bueno, Nueva York está anticuado -dijo Waterville y advirtió a su amigo que lady Demesne estaba impaciente por verle llegar y que quería pedirle ayuda para evitar que su hijo introdujera semejante persona en la familia. Aparentemente, Littlemore no se alarmó ante los proyectos de la dama, e indicó, dando a entender que los consideraba algo impertinentes, que sabría mantenerse fuera de su alcance.

-De todas maneras, no es un matrimonio apropiado -declaró Waterville.

-¿Por qué no, si él la ama?

-Bueno, si eso es todo lo que quieres... -exclamó Waterville con un grado de cinismo que sorprendió bastante a su compañero. -¿Tú te casarías con ella?

-Desde luego, si estuviera enamorado de ella.

-Cuidaste bien de que ello no sucediera.

-¡Sí, lo hice! Y Demesne debería haber hecho lo mismo. Pero ya que ha mordido el anzuelo... -Y Littlemore terminó su frase con un bostezo reprimido.

A los pocos minutos, Waterville le preguntó cómo se las arreglaría, en vista de la llegada de su hermana, sobre el tema de invitar a la señora Headway a su casa, y él contestó que se las arreglaría sencillamente no invitándola. Oyendo esto, Waterville le acusó de ser muy inconsecuente, a lo cual Littlemore replicó que ello era muy posible. Pero preguntó si no iba a ser posible hablar de otra cosa que no fuera la señora Headway. No podía entender el interés del joven hacia ella, y estaba seguro de que se hartaría de ella más tarde.

Waterville habría lamentado dar una idea falsa de su interés por la señora Headway ya que se sentía orgulloso de haber puesto límites definidos a sus sentimientos. Había ido a verla dos o tres veces, pero era un alivio pensar que ahora la dama era completamente independiente de él. No había habido ningún restablecimiento de aquel trato íntimo que se había dado durante la visita a Longlands. Podía prescindir de su ayuda, ahora. Ella misma sabía que se hallaba en la corriente del éxito. Fingía estar sorprendida por su buena fortuna, especialmente por la rapidez, pero en realidad no estaba sorprendida en absoluto. Tomaba las cosas como se presentaban, y siendo esencialmente una mujer de acción, desperdiciaba casi tan poco tiempo en el júbilo como lo hubiera hecho en el abatimiento. Hablaba bastante de lord Edward y lady Margaret y de cuantos otros miembros de la nobleza habían mostrado el deseo de cultivar su trato pretendiendo entender perfectamente las fuentes de una popularidad que aparentemente estaba destinada a incrementar.

-Vienen a reírse de mí -dijo-. Vienen sencillamente a buscar algo que poder contar más tarde. No puedo abrir la boca sin que se partan de risa. Es cosa establecida que soy una americana chistosa; apenas digo las cosas más sencillas, empiezan a carcajearse. Tengo que expresarme de alguna manera, y, de hecho, cuando callo me encuentran más divertida que nunca. Les gusta repetir lo que digo a alguna persona importante, y una de esas personas importantes les dijo a algunos de ellos la otra noche que quería oírlo con sus propios oídos. Haré con él lo que hago con los demás, ni más ni menos. No sé cómo lo hago; hablo de la única manera que sé. Ellos dicen que no es tanto las cosas que digo como la manera en que las digo. Es muy fácil pues, complacerles. Yo no les importo; vienen sólo para poder repetir «lo último» de la señora Headway. Todos quieren tenerlo primero; es una verdadera carrera.

Cuando tuvo conocimiento de lo que se esperaba de ella y se comprometió a suministrar lo deseado en abundancia, la pobre mujercita trabajó realmente duro con sus americanismos. Si el gusto de Londres discurría por ese camino, haría todo lo que pudiera por complacerlo. Era una lástima que no lo hubiera sabido antes, se habría preparado más intensamente. Siempre había creído que era una desventaja vivir en Arizona, en Dakota, en los estados recién admitidos, pero ahora se daba cuenta de que, como ella expresaba, era lo mejor que le había sucedido nunca. Trató de acordarse de todas las historias raras que había oído allí, y lamentó vivamente no haberlas guardado por escrito. Evocó los ambientes de las Montañas Rocosas y practicó el acento de la costa del Pacífico. Cuando vio a su público partiéndose de risa, se dijo a sí misma que aquél era su éxito, y pensó que si sólo hubiera venido a Londres cinco años antes, hubiera podido casarse con un duque. Aquello habría sido un espectáculo aún más fascinante para el mundo londinense que el actual proceder de sir Arthur Demesne, quien, sin embargo, se hallaba suficientemente en el centro de la sociedad como para que fuera justificable el rumor de que se hacían apuestas por ahí sobre el resultado de su ya largo cortejo. Alimentaba bastante la curiosidad ajena ver a un joven como él, uno de los pocos jóvenes formales del lado de los conservadores, con ingresos suficientes para tener gustos más notables que aquellos por los que se le conocía: cortejar a una dama algunos

años mayor que él, cuya provisión de argot californiano era aún mayor que su provisión de dólares. La señora Headway se había hecho con una buena cantidad de ideas nuevas desde su llegada a Londres, pero también había retenido unas cuantas de las antiguas. La principal de ellas -que tenía ya un año- era que sir Arthur Demesne era el joven más irreprochable del mundo. Había, claro está, una buena cantidad de cosas que él no era. No era divertido, no era insinuante, no era de un ardor absolutamente irreprimible. Ella creía que él era constante, pero desde luego no era impaciente. De estas cosas, sin embargo, la señora Headway bien podía prescindir; en particular había sobrevivido perfectamente a la necesidad de que le divirtiera. Había llevado una vida bastante excitante y actualmente su visión de la felicidad se centraba en estar magníficamente aburrida. La idea de una completa e irreprochable respetabilidad llenaba su alma de satisfacción; su imaginación se doblegaba en la presencia de esta virtud. Era consciente de que lo había logrado, pero de forma incompleta en lo que a ella se refería, aunque ahora, por lo menos podía acceder a esta respetabilidad a través de lazos sagrados. Podía poner de manifiesto de esta manera sus más profundos sentimientos. Ello era una fiel constatación de la gran cualidad de sir Arthur, de su refinada y pulida, su floreciente, exención pura de imperfecciones sociales.

Estaba en casa cuando Littlemore fue a verla, rodeada de unas cuantas visitas, a las que estaba ofreciendo una taza de té tardía, y a las que presentó a su compatriota. Se quedó hasta que se fueron, a pesar de las maniobras de un caballero que evidentemente quería quedarse más tiempo que él, pero quien, fuese cual fuese su feliz fortuna en visitas anteriores, no recibió en esta ocasión ningún aliento por parte de la señora Headway. Miró a Littlemore lentamente, empezando por sus botas y continuando hacia arriba, como para descubrir la razón de tan inesperada preferencia, y luego, sin un saludo, le dejó cara a cara con su anfitriona.

-Tengo curiosidad por ver qué hará por mí, ahora que tiene a su hermana con usted -observó al cabo de poco la señora Headway, ya que se había enterado de esta circunstancia por Rupert Waterville-. Supongo que tendrá que hacer algo ¿sabe? Lo siento por usted, pero no veo cómo puede escapar. Podría invitarme a cenar algún día en que ella esté cenando fuera. Incluso entonces, yo vendría, creo, porque quiero continuar cayéndole bien.

-Yo a eso lo llamaría más bien caerme mal- dijo Littlemore.

-Sí, ya veo. Es su hermana la que le cae bien. Está en una posición algo embarazosa, ¿no? Sin embargo, usted siempre se toma estas cosas con mucha tranquilidad. Hay algo en usted que me exaspera. ¿Qué piensa su hermana de mí? ¿Me odia?

-No sabe nada de usted.

-¿No le ha contado nada?

-Ni una palabra.

-¿No le ha preguntado? Eso demuestra que me odia. Cree que no soy honorable para América. Todo eso ya me lo conozco. Quiere mostrar a la gente de por aquí que, por mucho que yo les haya deslumbrado, ella está mucho mejor informada. Pero tendrá que preguntarle algo sobre mí. No puede seguir así para siempre. ¿Y entonces, qué le dirá?

-Que es la mujer con más éxito de toda Europa.

-¡Oh, qué fastidio! -exclamó la señora Headway con irritación.

-¿No ha entrado en la alta sociedad europea?

-Quizá sí, quizá no. Es demasiado pronto para afirmar nada. No puedo saberlo esta temporada. Todo el mundo dice que tengo que esperar hasta la próxima para ver si es igual. A veces a uno le aceptan durante unas pocas semanas, y luego nunca más le reconocen. Se tiene que asegurar la cosa de alguna manera, clavarle un clavo.

-Habla como si se tratara de su ataúd -dijo Littlemore.

-Bueno, es como una especie de ataúd. ¡Estoy enterrando mi pasado!

Littlemore se estremeció al oír eso. Estaba harto de oír hablar de su pasado. Cambió de tema y le hizo hablar de Londres, tema que trató con una gran dosis de humor. Le entretuvo durante media hora, a expensas de la mayoría de sus nuevos conocidos y de algunas de las características más venerables de la gran ciudad. Él mismo miraba Inglaterra desde fuera, en la medida en que ello era posible; pero oyéndola aludir con familiaridad a personas y cosas que acababa de conocer, dedujo que ella nunca sería realmente admitida. Zumbaba por la superficie de las cosas como una mosca en el cristal de una ventana. Aquello le gustaba enormemente; se sentía halagada, animada, excitada; dejaba caer sus rotundas opiniones como si esparciera flores y hablaba de sus intenciones, sus perspectivas, sus deseos. Pero no sabía más sobre la vida inglesa que sobre la teoría molecular. Las palabras con las que la había descrito a Waterville tiempo atrás le volvieron a la mente: «*Elle ne se doute de rien!*». De repente ella se levantó de un salto; iba a salir para cenar y era ya hora de vestirse.

-Antes de que se vaya quiero que me prometa algo -dijo de improviso, pero con una mirada que él había visto antes y que quería decir que se trataba de algo importante-. Puede estar seguro de que le preguntarán sobre mí.

-Y luego se calló.

-¿Cómo sabe la gente que la conozco? ¿No se habrá jactado de ello? ¿Eso es lo que quiere decir?

-Puede ser un bruto cuando se lo propone. Lo saben, de todas maneras. Posiblemente yo se lo haya dicho. Vendrán a verle para preguntarle sobre mí. Quiero decir, de parte de lady Demesne. Está en un estado lamentable, le da tanto miedo de que su hijo se case conmigo...

Littlemore no pudo evitar soltar una carcajada.

-A mí no, ya que todavía no lo ha hecho.

-No acaba de decidirse. Le gusta mucho, pero no está seguro de que sea una mujer como para casarse. -La imparcialidad con que hablaba de sí misma resultaba verdaderamente grotesca.

-Debe de ser un necio si no se casa con usted, tal como es -dijo Littlemore.

Aquella no fue una forma de hablar muy galante; pero la señora Headway hizo oídos sordos. Sólo replicó:

-Lo que pasa es que quiere ser muy prudente, ¡y así debe ser!

-Si él formula demasiadas preguntas, no merece la pena que se case con él.

-¡Usted perdone! Merece la pena que me case con él haga lo que haga, lo merece para mí. Y yo quiero casarme con él, eso es lo que yo quiero hacer.

-¿Y él espera mi opinión para decidirse?

-Está esperando yo no sé qué, que alguien venga y le diga que soy la más dulce entre las dulces. Entonces se lo creerá. Alguien que haya estado allí y lo sepa todo sobre mí. Evidentemente usted es el hombre, le viene que ni hecho a medida. ¿No se acuerda que ya le dije en París que él quería preguntarle sobre mí? Estaba avergonzado y lo dejó correr; trató de olvidarme. Pero ahora está todo en marcha otra vez, sólo que, mientras tanto, su madre le ha estado comiendo la moral. Lo trabaja día y noche, como una comadreja su agujero, para persuadirle de que yo estoy muy por debajo de él. El le tiene mucho afecto, y está muy expuesto a las influencias, me refiero a las de su madre, no de nadie más. Excepto yo, claro está. Yo le he influenciado, se lo he explicado todo cincuenta veces. Pero algunas cosas son bastante complicadas, ¿sabe?, y sigue volviendo a ellas. Quiere que le explique cada manchita. Él mismo no vendrá, pero su madre sí que lo hará, o mandará a alguna persona de su parte. Me imagino que mandará a su abogado, el abogado de la familia, como le llaman. Ella quería enviarle a América para investigar algunas cosas, sólo que no sabía dónde enviarle. Claro que no iban a esperar que yo les dijera los lugares, eso lo tienen que averiguar ellos mismos. Ella lo sabe todo sobre usted y conoce a su hermana. Así que ya ve cuánto sé. Está esperándole: tiene la intención de pillarle. Tiene la idea de que le podrá engatusar y hacer que diga lo que convenga a su manera de ver las cosas para luego exponérselo todo a sir Arthur. Así que espero que sea tan bueno como para negarlo todo.

Littlemore escuchó este discurso con atención, pero la conclusión le dejó atónito.

-¿Quiere decir que según lo que yo diga la conclusión será diferente?

-¡No deje que le afecte! Lo sabe tan bien como yo.

-Le considera un completo idiota.

-No importa cómo le considere. Quiero casarme con él, eso es todo. Y se lo ruego solemnemente. Usted me puede salvar, al igual que me puede perder. Si me pierde, será un cobarde. Y si dice una palabra en mi contra, estaré perdida.

-Vaya a vestirse para la cena, ésa es su salvación -contestó Littlemore separándose de ella en el rellano de la escalera.

IX

Era muy propio de Littlemore adoptar aquel tono, pero mientras iba de camino a casa pensó que apenas sabría qué decir a unas personas que estuvieran decididas a pillarle, como decía la señora Headway. La dama había arrojado un cierto encantamiento sobre él: había logrado que se sintiera responsable. La evidencia de su éxito sin embargo le endurecía el corazón a Littlemore, le irritaba su ascensión. Aquella tarde cenó solo, mientras su hermana y su marido que tenían compromisos todos los días durante un mes, disfrutaban de un convite a expensas de unos amigos.

La señora Dolphin, sin embargo, regresó bastante temprano, e inmediatamente solicitó entrar a la pequeña habitación al pie de la escalera, la cual denominaba ya la madriguera de Littlemore. Reginald había ido a una reunión multitudinaria en alguna parte y ella había vuelto sin demorarse, pues tenía que hablar con su hermano.

Estaba demasiado impaciente incluso para esperar a la mañana siguiente. Se la veía impaciente; era muy distinta de George Littlemore.

-Quiero que me hables de la señora Headway -dijo ella, haciendo que Littlemore se sobresaltara ligeramente por la coincidencia entre este comentario y sus propios pensamientos. Precisamente en aquel mismo momento estaba tomando la decisión de ir a hablar con ella. La señora Dolphin se desabrochó el abrigo y lo echó encima de una silla, luego se quitó sus largos y estrechos guantes negros, que no eran tan finos como los que llevaba la señora Headway. Todo ello como si se estuviera preparando para una entrevista importante. Era una mujer menuda y ordenada, que había sido bonita, con una vocecilla aguda, y un aire dulce y tranquilo, y un conocimiento perfecto de lo que era correcto en cada ocasión de la vida. Siempre había actuado así, y su concepción de ello era tan definida que equivocarse en este aspecto no tenía excusa. Normalmente no la tomaban por americana, pero se esforzaba en serlo, porque se enorgullecía de ser un tipo de persona que, siendo de esa nacionalidad, ganaba distinción por su rareza. Era, por naturaleza, muy conservadora, y había acabado siendo mejor *tory* que su marido. Quienes la conocían de mucho tiempo atrás pensaban que había cambiado enormemente desde su matrimonio. Sabía tanto de la sociedad inglesa como si la hubiera inventado ella misma. Se vestía habitualmente de tal manera que siempre parecía estar a punto para montar a caballo; tenía también los labios delgados y los dientes bonitos; y era tan positiva como amable. Contó a su hermano que la señora Headway había divulgado que él era su más íntimo amigo, y que a ella le pareció algo raro que nunca le hubiera hablado de ella. El admitió que la conocía desde hacía mucho tiempo; se refirió a las circunstancias en que se había iniciado la relación y añadió que la había visto aquella tarde. Esperó sentado fumando su puro y mirando al techo, mientras la señora Dolphin le hacía una serie de preguntas. ¿Era verdad que a él le agradaba mucho? ¿Era verdad que la consideraba una mujer apropiada para casarse? ¿No era cierto que sus antecedentes eran muy peculiares?

-Creo que debería decirte que tengo una carta de lady Demesne -dijo la señora Dolphin-. Me llegó justo antes de salir y la tengo en el bolsillo.

Sacó la misiva que, evidentemente quería leerle, pero él no la invitó a que lo hiciera. Sabía que había venido con la intención de conseguir una declaración adversa a los proyectos de la señora Headway y por muy poca que fuera la satisfacción que derivara del vuelo ascendente de dicha dama, odiaba que le instaran y empujaran. Tenía en gran estima a la señora Dolphin, quien, entre otras ideas propias de Hampshire, había adoptado la de la preponderancia de los miembros varones de la familia, de modo que le trataba con una consideración que hacía que tener una hermana inglesa fuera como un lujo. Sin embargo no estaba muy alentado sobre la señora Headway. Admitió que una vez ella no se había portado correctamente -no merecía la pena pararse en nimiedades-, pero que no veía que fuera mucho peor que otras mujeres, y se sentía bastante indiferente frente a si se podía casar o no se podía casar. Además no era asunto suyo y le dio a entender que tampoco era el de la señora Dolphin.

-No cabe duda de que uno no puede oponerse a una demanda de la más elemental humanidad -replicó su hermana añadiendo que Littlemore le parecía muy poco consecuente. No consideraba respetable a la señora Headway, sabía las cosas más terribles sobre ella, no la creía compañía adecuada para su propia familia y, sin embargo, ¡estaba dispuesto a dejar que embaucara al pobre Arthur Demesne!

-¡Perfectamente dispuesto! -exclamó Littlemore-. Todo lo que tengo que hacer es no casarme yo con ella.

-¿No te parece que tenemos algunas responsabilidades, algunos deberes?

-No entiendo lo que quieres decir. Si ella puede lograrlo, felicidades. Desde cierto punto de vista, es magnífico.

-¿Qué es lo que te parece magnífico?

-¡Que sea capaz de trepar como una ardilla!

-Es verdad que tiene una audacia *à toute épreuve*. Pero la alta sociedad inglesa se ha vuelto escandalosamente fácil. Nunca había visto que aceptaran a gente como la que aceptan ahora. La señora Headway tan sólo ha tenido que aparecer para tener éxito. Si creen que hay algo de malo en ti, seguro que te perseguirán. Es como la decadencia del Imperio Romano. No hay más que ver a la señora Headway para saber que no se trata de una dama. Es bonita, muy bonita, pero parece una costurera disoluta. Fracásó absolutamente en Nueva York. La he visto tres veces, aparentemente va a todas partes. No hablé con ella, estaba deseando ver qué harías tú. Vi que no tenías intención de hacer nada, luego esta carta me hizo decidirme. Está escrita adrede para que te la muestre. Es lo que ella quiere que hagas. Me escribió antes de que viniera a la ciudad y fui a visitarla nada más llegar. Lo creo muy importante. Le dije que si formulaba una pequeña declaración yo te la expondría tan pronto como nos instaláramos. Está realmente angustiada. Creo que deberías compadecerte de ella. Deberías comunicarle los hechos tal y como son. Una mujer no tiene derecho a hacer tales cosas y luego venir aquí

pidiendo que todo el mundo la acepte. Puede hacer las paces con su conciencia pero no puede hacerlas con la sociedad. Anoche en casa de lady Dovedale, temí que ella se enterara de quién era yo y viniera a hablarme. Estaba tan asustada que me fui. Si sir Arthur quiere casarse con ella tal como es, evidentemente, allá él. Pero, por lo menos, debería saber la verdad.

La señora Dolphin no estaba excitada ni locuaz: iba tratando los puntos en cuestión de uno en uno con una tranquilidad que daba la impresión de que estaba acostumbrada a tener la razón de su parte. Deseaba profundamente, sin embargo, que la carrera triunfante de la señora Headway fuera detenida; ya había abusado bastante de las facilidades que había obtenido. Formando parte ella misma de un matrimonio internacional, la señora Dolphin deseaba naturalmente que la clase a la que pertenecía cerrara filas y elevara su criterio al máximo.

-A mí me parece que como mínimo vale lo mismo que el pequeño baronet.

-¿Que vale lo mismo? ¿Qué quieres decir? Nadie ha dicho nunca ni una palabra en su contra.

-Muy posiblemente. Pero es una nulidad y ella por lo menos es alguien. Es una persona y muy inteligente. Además, es por lo menos tan buena como las mujeres con quienes muchos de ellos se han casado. Nunca había oído que la aristocracia inglesa fuera tan immaculada.

-De los otros casos, yo no sé nada -dijo la señora Dolphin-. Sólo sé de éste. Pero sucede que alguien ha venido a mí, y me ha hecho una petición. Los ingleses son muy románticos. El pueblo más romántico del mundo, si tú quieres. Hacen las cosas más extrañas por la fuerza de la pasión, incluso aquellos de quienes menos lo esperarías. Se casan con sus cocineras, se casan con sus cocheros, y sus romances siempre tienen los finales más tristes. Estoy segura de que éste sería muy desgraciado. ¿Cómo puedes pretender que uno se pueda fiar de semejante mujer? Lo que yo veo es una noble y antigua estirpe, una de las más antiguas y más honorables de Inglaterra, gente con toda una tradición de buena conducta y altos principios, y una espantosa, desacreditada, vulgar y desdeñable mujer, que no tiene idea de lo que significan tales cosas, tratando de entrar en ella a la fuerza. ¡Odio ver semejantes cosas y quiero que tú vayas en su ayuda!

-No lo haré. La noble y antigua estirpe me importa muy poco.

-No por motivos de interés, claro está, como yo tampoco. ¿Pero no lo harías por motivos estéticos, por motivos de decencia?

-La señora Headway no es indecente, vas demasiado lejos. Debes recordar que es una vieja amiga mía.

-Littlemore se había puesto algo severo; la señora Dolphin se estaba olvidando de la consideración debida, desde el punto de vista inglés, a los hermanos.

Se le olvidó un poco más:

-¡Bueno, si tú también estás enamorado de ella! -murmuró dándose la vuelta.

Littlemore no emitió respuesta alguna, y las palabras de su hermana no le hirieron. Pero, finalmente, para terminar el asunto, preguntó qué demonios quería la vieja dama que hiciera. ¿Quería que saliera a Picadilly y anunciara a los transeúntes que hubo un invierno en que incluso la hermana de la señora Headway no sabía con quién estaba casada?

La señora Dolphin contestó a esta pregunta leyendo en voz alta la carta de lady Demesne, sobre la cual su hermano, mientras la volvía a doblar, declaró que era una de las cartas más extraordinarias que nunca había oído leer.

-Es muy triste, es un grito de angustia -dijo la señora Dolphin-. Significa en su totalidad que desea que vayas a verla. No lo dice con esas mismas palabras, pero se puede leer entre líneas. Además, me dijo que daría lo que fuera por verte. Déjame que te asegure que es tu deber ir a verla.

-¿Ir y estropear la reputación de Nancy Beck?

-¡Ve a alabarla si te place! -Decir esto fue muy inteligente por parte de la señora Dolphin, pero su hermano no se dejaba atrapar tan fácilmente. Él no compartía su opinión sobre el deber, y rehusó cruzar el umbral de su señoría-. Entonces vendrá ella a verte a tí -dijo la señora Dolphin decididamente.

-Si lo hace, le diré que Nancy es un ángel.

-Si lo puedes decir sin remordimientos, estará encantada de oírlo -replicó la señora Dolphin mientras recogía su capa y sus guantes.

Cuando se reunió con Rupert Waterville al día siguiente, como hacía a menudo, en el Club Saint George, que ofrecía una muy apreciada hospitalidad a los secretarios de las legaciones y a los nativos de los países que éstas representaban, Littlemore le hizo saber que su profecía se había cumplido y que lady Demesne había estado realizando propuestas para una entrevista.

-Mi hermana me leyó una carta suya muy singular -le dijo.

-¿Qué clase de carta?

-La carta de una mujer tan asustada que haría cualquier cosa. Quizá yo sea un auténtico bruto pero su espanto me divierte.

-Estás en la misma situación que Olivier de Jalin, en el *Demi Monde* -observó Waterville.

-¿En el *Demi Monde*? -Littlemore no era muy rápido captando alusiones literarias.

-¿No te acuerdas de la obra de teatro que vimos en París? O como Don Fabrice en *L'Aventurière*. Una mala mujer intenta casarse con un hombre honorable que no sabe lo mala que es, y ellos, que sí lo saben, intervienen y la echan atrás.

-Ah, sí, ya me acuerdo. Había una buena cantidad de mentiras por todos lados.

-Sin embargo, conseguían evitar el matrimonio, que era lo más importante.

-Lo más importante, si realmente te importa. Uno de ellos era amigo íntimo del protagonista, el otro era su hijo. Demesne no es nada para mí.

-Pero es muy buen hombre -dijo Waterville.

-Entonces ve y díselo.

-¿Que interprete el papel de Olivier de Jalin? Yo no puedo, no soy Olivier. Pero ojalá viniera. No deberíamos permitir que la señora Headway siga adelante.

-¡Por Dios! ¡Ojalá me dejaran en paz! -murmuró Littlemore con tristeza, mirando fijamente, durante unos momentos, por la ventana.

-¿Todavía mantienes la teoría que propusiste en París? ¿Estás dispuesto a cometer perjurio? -preguntó Waterville.

-Evidentemente, puedo negarme a contestar preguntas, incluso ésa.

-Ya te dije que ello equivaldría a una condena.

-Puede equivaler a lo que se quiera. Creo que me iré.

-Eso sería lo mismo que no contestar. Pero es, con mucho, la mejor cosa que puedes hacer. He estado pensando mucho en ello y me parece, desde el punto de vista social, que, como digo, ella realmente no debería poder seguir adelante. -Waterville tenía el aire de mirar el asunto desde las alturas; el tono, la expresión de la cara, indicaban ese encumbrado vuelo; y ello tuvo el efecto de que, mientras lanzaba una mirada a su didáctico joven amigo, Littlemore le encontrara especialmente molesto.

-¡No, a pesar de todo, que me cuelguen si consiguen salirse con la suya! -exclamó repentinamente; y se alejó mientras su compañero le seguía con la vista.

X

A la mañana siguiente Littlemore recibió una nota de la señora Headway, una nota corta y sencilla, que consistía meramente en estas palabras: «Estaré en casa esta tarde; ¿vendrá a visitarme a las cinco? Tengo algo concreto que decirle».

No envió ninguna respuesta a esta pregunta pero acudió a la cita de la calle Chesterfield a la hora que la dueña de la casa había señalado.

-No creo que usted sepa la clase de mujer que soy -exclamó tan pronto como le tuvo delante.

-¡Vaya por Dios! -se quejó Littlemore dejándose caer en una silla-. No volverá a empezar con este tema, supongo.

-Desde luego que empezaré, eso es lo que quería decir. Es muy importante, usted no me conoce, no me entiende. Cree que sí pero no es cierto.

-¡No será porque usted no me lo haya dicho muchas, muchas veces! -Y Littlemore sonrió aunque le aburría la perspectiva que se le venía encima. Decididamente, la señora Headway era una auténtica molestia. ¡No merecía que la defendieran!

Como respuesta, ella le dedicó una mirada feroz; su rostro ya no era un rostro sonriente. Parecía afilado y violento, casi viejo; el cambio era total. Pero soltó una irónica risita.

-Sí, ya sé. Los hombres son así de tontos, no saben nada de las mujeres que las mujeres no se lo hayamos dicho. Y las mujeres les contamos cosas a propósito para comprobar lo tontos que pueden ser. Yo misma le he contado cosas así, sólo por divertirme, cuando estaba aburrida. Si se las creyó, fue culpa suya. Pero ahora hablo en serio. Realmente quiero que sepa algunas cosas.

-No quiero saber nada. Ya sé bastante.

-¿Qué quiere decir con que ya sabe bastante? -exclamó ella con la cara encendida- ¿Quién se cree que es para

saber algo? -La pobre mujercita, en su vehemencia, no era forzosamente consecuente y la sonora carcajada con la que Littlemore recibió esta interpelación le debió de parecer fuera de toda medida-. No obstante, sabrá lo que quiero que sepa. Usted cree que soy una mala mujer, no me respeta; ya se lo dije en París. Admito que hice cosas que hoy día yo misma no entiendo. Pero he cambiado completamente y quiero cambiarlo todo. Usted debería apoyarme en ello; debería entender qué es lo que quiero. Odio todo lo que me ha pasado antes de esto; lo detesto, lo aborrezco. Fuí por ese camino intentando una y otra cosa. Pero ahora tengo lo que quiero. ¿Qué quiere, que me arrodille ante usted? Si tengo que hacerlo, lo haré. Sólo usted puede ayudarme, nadie más puede hacer nada, están todos esperando para ver si lo hace. Le dije en París que podía ayudarme, y sigue siendo verdad adora. Diga una palabra en mi favor ¡por el amor de Dios! No ha movido ni el dedo meñique, o lo sabría ya. Lo cambiaría todo. O bien si su hermana viniese a verme, también lo cambiaría todo. Las mujeres no tienen piedad, ni pizca de piedad, y usted tampoco tiene piedad. No es que ella sea nada especial, la mayoría de mis amigos son mejores, pero es la única mujer que sabe, y la gente sabe que ella sabe. Él sabe que ella sabe, y sabe que ella no viene a verme. Y así me mata, ¡me mata! Entiendo perfectamente lo que él desea, haré lo que sea, seré lo que sea, seré la más perfecta de las mujeres. La vieja me adorará cuando me conozca, es tan estúpido por parte de ella el no darse cuenta. Todo el pasado se ha acabado; se ha desvanecido. Es la vida de otra mujer. Esto era lo que quería, sabía que lo encontraría algún día. ¿Qué podía hacer en aquellos horribles lugares? Tenía que coger lo que podía. Pero ahora tengo un país agradable. Quiero que me haga justicia, usted nunca me ha hecho justicia, por eso le pedí que viniera.

A Littlemore de repente se le pasó el aburrimiento; todo un abanico de sentimientos habían ocupado el lugar de uno solo. Era imposible no sentirse conmovido. Realmente lo decía todo en serio. La gente no cambia su naturaleza, pero sí cambian sus deseos, su ideal, su esfuerzo. Aquella incoherente y apasionada protesta era la garantía de que ella deseaba ardientemente ser respetable. Pero la pobre mujer, hiciera lo que hiciera, estaba condenada, como ya hacía tiempo le había dicho Littlemore en París a Waterville, a tener sólo media parte de la razón. A Littlemore se le subieron los colores a la cara mientras escuchaba aquel torrente de preocupación y egoísmo; ella no había llevado muy bien la primera parte de su vida, pero tampoco hacía falta que se arrodillara.

-Me es muy doloroso escuchar todo esto -dijo él-. No tiene ninguna obligación de decirme semejantes cosas. Se ha formado un concepto completamente erróneo de mi actitud, de mi influencia.

-Oh, claro, lo elude, sólo quiere eludirlo -exclamó ella, arrojando lejos de sí el cojín del sofá en el que había estado apoyada.

-¡Cátese con quien quiera! -casi le gritó Littlemore, levantándose de un salto.

Casi no había dejado de hablar cuando la puerta se abrió de par en par y el sirviente anunció a sir Arthur Demesne. El baronet entró con cierta energía, pero se paró al ver que la señora Headway tenía otro visitante. Reconoció a Littlemore, sin embargo soltó una pequeña exclamación, que podría haber pasado por un saludo. La señora Headway, que se había levantado al verle entrar, dirigió una mirada de una seriedad extraordinaria de uno a otro; luego, como quien ha tenido una repentina inspiración, juntó las manos firmemente y exclamó:

-Me alegro mucho de que se hayan encontrado, ¡si lo hubiera planeado no me habría salido mejor!

-¿Si lo hubiese planeado? -dijo sir Arthur, arrugando un poco su ancha y blanca frente. Al mismo tiempo, a Littlemore le invadió la convicción de que efectivamente lo había planeado.

-Voy a hacer algo muy extraño -prosiguió, y sus ojos resplandecieron con una luz que confirmaba sus palabras.

-Está alterada; temo que está enferma. -Sir Arthur estaba allí de pie, con su sombrero y su bastón; evidentemente estaba muy irritado.

-Es una excelente oportunidad; deben perdonarme si la aprovecho. -Y sus ojos lanzaron un tierno y conmovedor destello hacia el baronet-. He deseado esto durante mucho tiempo, quizá se haya dado cuenta de que lo deseaba. El señor Littlemore me conoce desde hace mucho, mucho tiempo; es un viejo, viejo amigo. Se lo dije en París, ¿no se acuerda? Bueno él es mi único amigo, y quiero que él hable por mí. -Sus ojos ahora habían vuelto a Littlemore; se posaron en él con una dulzura que no hizo más que aumentar la audacia de su proceder. Había empezado a sonreír otra vez, aunque estaba temblando visiblemente-. Es mi único amigo -continuó-, es una gran lástima, debería haber conocido a otros. Pero estoy muy sola. Debo aprovechar lo que tengo lo mejor posible. Deseo tanto que hable alguien más que yo. Las mujeres suelen pedir este servicio a un pariente o a otra mujer. Yo no puedo; es una gran lástima, pero no es culpa mía, es mi infortunio. No tengo a ninguno de los míos y estoy terriblemente sola en el mundo. Pero el señor Littlemore se lo contará; le contará que me conoce desde hace años. Le contará si conoce alguna razón..., si conoce algo en contra mía. Él deseaba esta oportunidad; pero no podía tomar la iniciativa. Ya ve, querido señor Littlemore, le trato como a un viejo

amigo. Le dejaré con sir Arthur. Les pido a ambos que me disculpen.

Mientras pronunciaba esta singular proposición, la expresión de su rostro, vuelto hacia Littlemore era como la de un mago a punto de pronunciar las palabras de un conjuro. Dirigió otra sonrisa a sir Arthur y salió de la sala con andar majestuoso.

Los dos hombres se quedaron en la extraordinaria situación que ella les había creado. Ninguno de los dos se movió para abrirle la puerta. La cerró tras de sí y por un momento reinó un profundo y portentoso silencio. Sir Arthur Demesne, con el semblante muy pálido, miraba insistentemente la alfombra.

-Me ha colocado en una situación muy difícil -dijo Littlemore finalmente-. Y supongo que para usted no es más aceptable que para mí.

El baronet mantuvo la misma actitud; ni levantó la vista ni contestó. Littlemore sintió una repentina efusión de lástima hacia él. Evidentemente, no podía aceptar la situación. Pero al mismo tiempo, se sentía casi enfermo de ansiedad por ver cómo este extraño americano, que era tan valioso y tan superfluo, tan familiar y tan inescrutable, iba a considerar el desafío de la señora Headway.

-¿Tiene usted alguna pregunta que hacerme? -continuó Littlemore.

Sir Arthur levantó la vista. Littlemore había visto aquella mirada con anterioridad; la había descrito a Waterville tras la visita que le había hecho el baronet en París. Ahora había en ella entremezclados otros sentimientos: vergüenza, irritación, orgullo, pero por encima de todo, el deseo ardiente de *saber* era primordial.

«¿Dios mío, cómo se lo puedo decir?» -exclamó Littlemore para sí.

La vacilación de sir Arthur fue sin duda muy breve; pero Littlemore pudo oír el tic-tac del reloj mientras duraba.

-En realidad, no tengo nada que preguntarle -dijo el joven en un tono de fría y casi insolente sorpresa.

-Buenos días, entonces.

-Buenos días.

Littlemore dejó a sir Arthur solo en la estancia. Esperaba encontrar a la señora Headway al pie de la escalera; pero salió de la casa sin encontrarse con nadie. Al día siguiente, después de comer, cuando salía de la pequeña mansión en Queen's Anne Gate, el cartero le entregó una carta. Littlemore la abrió y la leyó en los escalones de su casa, operación que no le ocupó más que un momento. Consistía en lo siguiente:

Querido Sr. Littlemore le será de interés saber que estoy prometida en matrimonio con sir Arthur Demesne, y que nuestra boda tendrá lugar tan pronto como acaben las sesiones de su estúpido viejo parlamento. Pero la noticia no se conocerá hasta dentro de unos días más y estoy segura de que mientras tanto puedo confiar en su completa discreción.

Suya, muy sinceramente,

Nancy H.

P. D.- Me hizo una terrible escena por lo que hice ayer, pero volvió por la tarde para hacer las paces. Así es como se ha solucionado la cosa. No me dirá qué pasó entre ustedes dos, me pidió que no aludiera nunca al tema. No me importa; estaba segura de que hablaría.

Littlemore metió violentamente la epístola en su bolsillo y salió con ella a paso militar. Había salido para llevar a cabo varias cosas, pero se olvidó de sus asuntos durante un tiempo, y antes de darse cuenta había entrado en Hyde Park. Dejó a un lado los carruajes y los jinetes y bordeó el lago Serpentine hasta los jardines de Kensington, por los que realizó el circuito entero. Se sentía molesto y más decepcionado de lo que podía comprender, de lo que habría comprendido si lo hubiera intentado. Ahora que Nancy Beck había tenido éxito, su éxito parecía ofensivo, y casi lamentaba no haberle dicho a sir Arthur: «Bueno, era bastante mala mujer, ¿sabe?». No obstante, ahora que la cosa estaba decidida, por lo menos le dejarían en paz. Caminó hasta que su irritación desapareció y antes de dedicarse a los asuntos para los que había salido, había dejado de pensar en la señora Headway. Volvió a casa a las seis y el sirviente que le abrió le hizo saber que la señora Dolphin había pedido que cuando volviera se le informara de que deseaba verle en el salón.

«¡Es otra trampa!» -se dijo a sí mismo, instintivamente; pero, a pesar de esta reflexión, subió las escaleras. Al entrar en la habitación en la que la señora Dolphin acostumbraba permanecer, se encontró con que tenía una visita. Dicha visita, que estaba aparentemente a punto de partir, era una alta dama de edad, y las dos señoras se encontraban juntas, de pie, en el centro de la habitación.

-Me alegro mucho de que hayas vuelto -dijo la señora Dolphin, sin mirarle a los ojos-, deseaba muchísimo

presentarte a lady Demesne y esperaba que entraras. ¿Tiene realmente que irse? ¿No podría quedarse un rato? -añadió volviéndose hacia su compañera; y sin esperar respuesta, prosiguió rápidamente-: Tengo que dejarles un momento, perdonenme. Ahora vuelvo.

Antes de poder darse cuenta, Littlemore se encontró a solas con lady Demesne y comprendió que, como él no había estado dispuesto a visitarla, ella había asumido la responsabilidad de dar el primer paso. ¡Tuvo un efecto muy peculiar, de todas maneras, ver a su hermana haciendo las mismas trampas que Nancy Beck!

«¿Debe de estar realmente inquieta!» -se dijo a sí mismo mientras permanecía ante lady Demesne. Parecía delicada y modesta, incluso tímida, en la medida en que una alta y serena mujer que llevaba bien alta su cabeza podría parecerlo; y era un tipo de persona tan distinta a la señora Headway, que desde el punto de vista de Littlemore, el triunfo de Nancy confería a lady Demesne, por contraste, algo de la dignidad de los vencidos. Hacía que sintiera lástima por ella. Ella no perdió el tiempo, fue directa al grano. Evidentemente, estaba convencida de que, dada la situación en que se había puesto, su única ventaja consistiría en ser sencilla y práctica.

-Me alegro mucho de poder verle por un momento. Deseo tanto preguntarle si puede proporcionarme alguna información sobre una persona a quien conoce y sobre la cual he mantenido correspondencia con la señora Dolphin. Me refiero a la señora Headway.

-¿No quiere sentarse?

-No, se lo agradezco. Sólo dispongo de un momento.

-¿Puedo preguntarle por qué me hace esta pregunta?

-Desde luego debo explicarle mis razones. Me temo que mi hijo quiere casarse con ella.

Littlemore se quedó momentáneamente confundido; luego comprendió que ella todavía no conocía el hecho que le había comunicado la señora Headway en su nota.

-¿No le agrada? -dijo, exagerando a su pesar la inflexión interrogativa.

-Ni lo más mínimo -dijo lady Demesne, sonriendo y mirándole. Su sonrisa era dulce, sin rencor; a Littlemore le pareció casi hermosa.

-¿Qué le gustaría que dijera? -preguntó.

-Si usted la considera respetable.

-¿En qué le ayudaría esto a usted? ¿De qué manera podría modificar los hechos?

-No me servirá de nada, claro está, si su opinión es favorable. Pero si me dice que no lo es, puedo decirle a mi hijo que la única persona en Londres que la conoce desde hace más de seis meses la cree una mala mujer.

Este epíteto en los labios sin mácula de lady Demesne, no evocó ninguna protesta por parte de Littlemore. Era repentinamente consciente de la necesidad de decir la verdad lisa y llana con la cual había contestado a la primera pregunta de Rupert Waterville en el Théâtre Français.

-No creo que la señora Headway sea respetable -dijo.

-Estaba segura de que sería eso lo que diría. -Lady Demesne parecía jadear un poco.

-No puedo decir nada más. Ni una palabra. Ésta es mi opinión. No creo que le sirva mucho.

-Yo creo que sí. Deseaba oírlo de sus propios labios. Era muy importante -dijo lady Demesne-. Le estoy sumamente agradecida. -Y le ofreció su mano; después de lo cual él la acompañó en silencio a la puerta.

Littlemore no sentía ninguna incomodidad, ningún remordimiento, por lo que acababa de decir; sólo sentía alivio. Quizás era porque creía que no cambiaría nada. Le importaba solamente en relación con aquello que para Littlemore estaba en el fondo de todas las cosas, su propio sentido de lo que era apropiado. Sólo deseaba haber comentado a lady Demesne que la señora Headway sería probablemente una esposa excelente para su hijo. Pero eso, al fin y a cabo, sí que no cambiaría nada. Pidió a su hermana, a quien le había maravillado mucho la brevedad de la entrevista con lady Demesne, que le ahorrara todas las preguntas al respecto; y la señora Dolphin anduvo durante algunos días en la feliz confianza de que no iba a introducirse ningún terrible americano en la alta sociedad inglesa comprometiendo su tierra nativa.

Su confianza, sin embargo, duró poco. La información no había surtido efecto; había llegado quizás demasiado tarde. Al mundo londinense le llegó en los primeros días de julio, no la noticia de que sir Arthur Demesne iba a casarse con la señora Headway, sino que la pareja había sido privadamente, y era de esperarse en cuanto a la señora Headway en esta ocasión, indisolublemente unida. Lady Demesne no dio señales de vida. Sólo se retiró al campo.

-Creo que podrías haber obrado de manera distinta -dijo la señora Dolphin, muy pálida, a su hermano- pero supongo que todo se pondrá de manifiesto.

-¡Sí, para que se ponga más de moda que nunca! -contestó Littlemore, riendo cínicamente. Tras su breve

entrevista con la mayor de las señoras Demesne, no se sintió en libertad para volver a visitar a la más joven; y nunca se enteró, ni tan sólo quiso nunca enterarse, de si en la cumbre de su éxito le había perdonado.

Aunque resultara muy extraño, Waterville estaba verdaderamente escandalizado por dicho éxito. Sostenía que nunca debería haberse permitido que la señora Headway se casara con un caballero confiado; y usó, en conversación con Littlemore, las mismas palabras que la señora Dolphin. Creía que Littlemore podía haber obrado de manera distinta.

Se expresó con tal vehemencia que Littlemore le dirigió una mirada penetrante, tan penetrante como para hacer que se ruborizara.

-¿Acaso querías casarte tú con ella? -preguntó su amigo-. Mi querido amigo, ¡estás enamorado de ella! Eso es lo que te pasa.

Aunque se ruborizó aún más, Waterville lo negó con indignación.

Un poco más tarde le llegaron noticias desde Nueva York de que la gente empezaba a preguntarse quién demonios era la señora Headway.